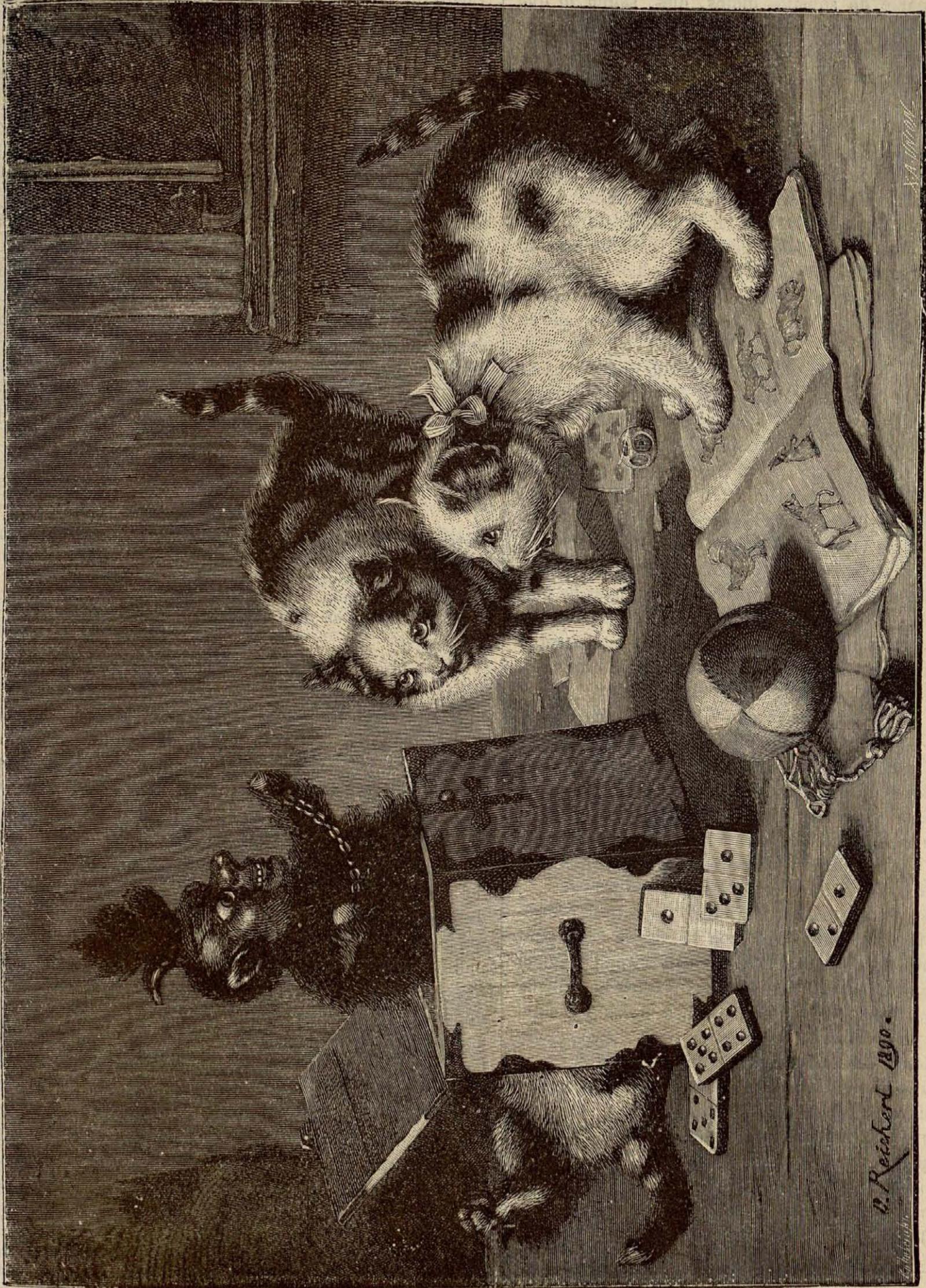


JUQUETE PELIGROSO  
CUADRO DE C. REICHERT.



CATÁSTROFE TERRIBLE.

CUADRO DE C. REICHERT.

*C. Reichert 1890.*

procuraba atraerles blandamente para que aceptasen la dominación de España, sus intentos se estrellaban ante el carácter indomable de aquellos indios, que, según lo que cuentan los historiadores, se asemejaban mucho á los heroicos araucanos, tan enaltecidos por su generoso enemigo el esforzado guerrero y buen poeta D. Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Tres años duró la conquista de la Florida, y en todo este tiempo el Adelantado no recibió ningún refuerzo que sustituyese las bajas de hombres y caballos, que de continuo mermaban sus fuerzas de un modo tan considerable, como puede suponerse recordando que en la batalla de Mavila murieron 87 hombres y 45 caballos, y en la de Chicoza 40 hombres y 80 caballos, y que la suma de estas cantidades componen más de la décima parte de los hombres y más de la tercera parte de los caballos que habían desembarcado en aquella tierra.

En la batalla de Mavila dió el Adelantado una prueba de su valor y de su habilidad como jinete, que merece consignarse especialmente en estos apuntes biográficos. Cuenta el Inca Garcilaso, «que al tiempo que el Gobernador se enhestaba sobre los estribos para dar una lanzada á un indio, otro que se halló á sus espaldas le tiró una flecha por cima del arzón trasero y le acertó en lo poco que el General descubrió desarmado entre el arzón y las coracinas.... y el buen General, así por no dar á entender que estaba herido, como porque con la priesa de la pelea no tuvo lugar de quitarse la flecha, peleó con ella todo lo que la batalla después duró, que fueron casi cinco horas, sin poder asentarse sobre la silla; que no fué poca prueba de la valentía de este capitán y de la destreza que en la silla jineta tenía.»

Hernando de Soto había cortado la comunicación con la Isla de Cuba—que podía considerarse como algo semejante á lo que hoy se llama, en el tecnicismo de la milicia, base de operaciones—despidiendo los barcos que le sirvieron para su travesía y la de su ejército de la Habana á la Florida. En este hecho imitó sin duda á Hernán Cortés, cuando echó á pique sus navíos para quitar á sus soldados toda esperanza de salvación si no vencían á sus enemigos.

Bien conocía, sin embargo, Hernando de Soto la necesidad de ponerse en comunicación con la isla de Cuba para recibir los socorros de armas, municiones y vituallas que el caso requería, y con este objeto había enviado á la Habana en el año de 1540 á sus capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado; pero obligado á separarse de las costas para explorar el desconocido territorio en que se hallaba, no le era posible desandar el camino tan penosamente recorrido, y su previsión resultaba de todo punto inútil.

Los primeros historiadores de la conquista de la Florida dan poca importancia al descubrimiento que hizo Hernando de Soto de lo que llaman el Río Grande, que es la traducción del nombre que los indios le daban, *Misi-Sepe*, hoy Mississippi (1); pero en el Capitolio de Washington se halla

(1) La cuenca del Mississippi mide 3.496.000 kilómetros cuadrados. Cuando los españoles descubrieron este río dicen que le comparaban por su grandeza con el Danubio, que ciertamente es el mayor de los ríos europeos; y sin embargo, la superficie de la cuenca del Danubio solo mide 800.000 kilómetros cuadrados. 32.000 kilómetros cuadrados es la superficie de la cuenca del Guadalquivir, según el notable geógrafo D. Francisco Coello.

Sólo se conoce en el planeta que habitamos otro río mayor que el Mississippi,

un cuadro que representa al caudillo español viendo por vez primera aquel no grande, sino grandísimo río, y coadyuvando así al exacto conocimiento geográfico del continente americano.

Se fija la fecha del descubrimiento del Mississippi por Hernando de Soto en el mes de Mayo de 1541, y por este tiempo ya apremiaba la falta de hombres, armas, municiones y caballos, para poder continuar la guerra con alguna esperanza de buen suceso. Pronto conoció el Adelantado que aquel caudaloso río no sería afluente de otro mayor, sino que desaguaría en el mar, y se propuso caminar siguiendo la dirección de su corriente; pero supo que era larguísima la distancia que de la costa le separaba, y entonces detuvo la marcha de sus tropas, y fijando su residencia en un pueblo llamado Guachoya ó Guachacoya, con cuyo cacique estaba en buenas relaciones de amistad, dispuso la construcción de dos bergantines, en los cuales pensaba se embarcase alguno de los capitanes de su mayor confianza, y navegando por el río saldría al mar y podría ir á demandar auxilios al Virrey de Méjico y á la gobernadora de la Isla de Cuba, doña Isabel de Bobadilla.

## VI.

*Enfermedad y muerte del adelantado Hernando de Soto.—Le sucede en el mando de los españoles Luis de Moscoso de Alvarado.—Injustas apreciaciones del historiador Jorge Bancroft al tratar del enterramiento de Hernando de Soto.—Muerte de la gobernadora de la Isla de Cuba, Doña Isabel de Bobadilla.—Retrato físico y moral del descubridor del Mississippi.*

Corría el año de 1542. Las armas de los indios y las enfermedades que producen las rudas fatigas del servicio militar en tiempo de guerra habían reducido á menos de la mitad el número de los heroicos soldados que en la Florida desembarcaron á las órdenes del adelantado Hernando de Soto. Había de cumplirse lo que afirman aquellos vulgarizados versos latinos, que fuera inoportuno copiar aquí. El día 20 de Junio del año ha poco citado, sintióse enfermo el descubridor del Mississippi. Advirtiendo pronto la gravedad del mal que le aquejaba, nombró por sucesor suyo á Luis de Moscoso de Alvarado, para que bajo su mando se prosiguiera el descubrimiento y conquista de la Florida; se despidió cariñosamente de sus soldados diciéndoles que procurasen la conversión de los indios á la fe católica y el aumento de los dominios de la corona de España; cumplió sus obligaciones de católico, aunque en este punto no andan muy conformes los cronistas, y dejó de existir al séptimo día de su enfermedad, que si hemos interpretado bien lo que dice el Inca Garcilaso, debió ser el 27 de Junio de 1542. Contaba al morir Hernando de Soto cuarenta y dos años, la misma edad que tenía Vasco Núñez de Balboa cuando fué decapitado en Acla por orden de Pedrarias Dávila, y la misma también que tenía Gonzalo Pizarro cuando fué vencido por

el río de las Amazonas, cuya cuenca tiene 7.000.000 de kilómetros cuadrados. Fué descubierto por Vicente Yáñez Pinzón, y en sus aguas navegó, antes que ningún otro europeo, Francisco de Orellana; por cuyo motivo los portugueses y los españoles le solían señalar en los mapas de la América del Sur con el nombre de río Orellana.

El descubrimiento del río Mississippi por Hernando de Soto demuestra con evidencia que lo que hoy se llama la Florida en los Estados Unidos es un territorio mucho menor que el que llevaba este mismo nombre á mediados del siglo XVI.

el célebre pacificador del Perú, Pedro de la Gasca, y murió ajusticiado.

Para que los indios tardaran en saber que había muerto el caudillo español, dispuso Luis de Moscoso que el cadáver se enterrase de noche; pero notando que por este medio no se conseguía lo que se deseaba, fué preciso recurrir á otro procedimiento. En una tosca caja de madera se encerró el cuerpo del Adelantado, y sin duda añadirían el peso necesario para que esta caja se fuese á fondo cuando al llegar la noche la dejaron caer en medio de la corriente del río Mississippi, puesto que así cuentan que sucedió los capitanes y soldados que fueron testigos de aquel raro y misterioso enterramiento. Jorge Bancroft, en su *Historia de los Estados Unidos*, aprovecha la coincidencia de haber servido el río Mississippi para sepulcro de su inmortal descubridor, escribiendo algunas frases en que sin razón se maltrata la memoria de Hernando de Soto; pero así proceden la mayor parte de los historiadores extranjeros, al tratar de España y de sus hijos ilustres. Lo peor es que la incuria de los españoles suele ayudar á la malquerencia de los extranjeros.

Muerto el Adelantado de la Florida; aquel experto capitán que tantas y tantas veces había vencido en las batallas; aquel valentísimo caballero que era, despues de Gonzalo Pizarro, la primera lanza de los españoles que fueron al Nuevo Mundo, según de común acuerdo proclamaban sus compañeros de armas; aquel vigilante soldado que en los rebatos que los enemigos daban de día en su campo, siempre era el primero ó el segundo que salía al arma, y nunca fué el tercero, y en los que daban de noche siempre fué el primero; muerto Hernando de Soto, su sucesor, Luis de Moscoso, comprendió sin duda que no inspiraba á sus soldados la ciega confianza, ó el férvido entusiasmo, que es prenda segura de gloriosos triunfos, y previa la reunión de un consejo de capitanes, resolvió que se emprendiese la retirada. No es ahora ocasión de referir lo que aconteció en esta desastrosa retirada.

Mientras pasaba á orillas del Mississippi todo lo últimamente relatado, la Gobernadora de Cuba, cumpliendo los deseos de su marido, había auxiliado á los capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado para que llevasen los socorros que necesitaban los valerosos conquistadores de la Florida. Estos capitanes en el verano del año de 1540 llegaron á las costas de la Florida con seis navíos cargados de armas, municiones, bastimentos y todo lo que creyeron que era útil para el buen resultado de la campaña por el Adelantado emprendida; pero en vano recorrieron aquellas costas; en ninguna

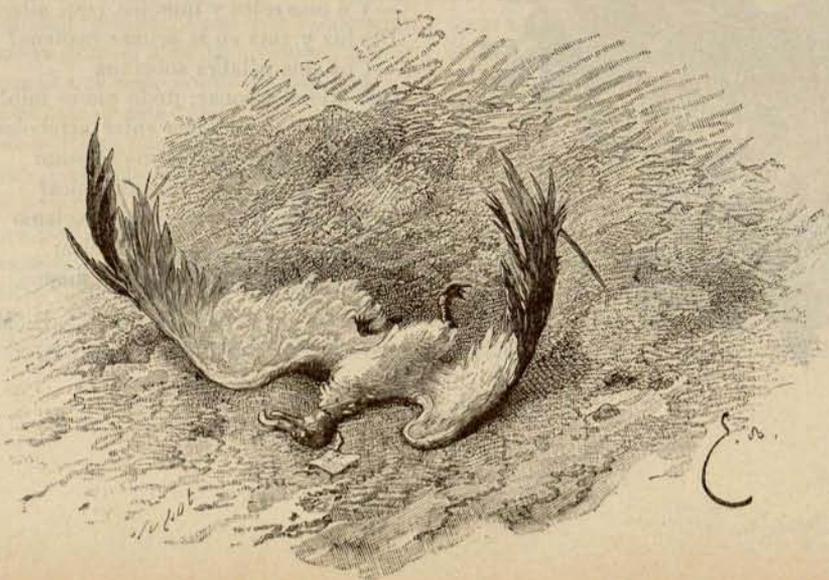
parte pudieron adquirir noticias de Hernando de Soto, ni de sus compañeros de armas. Sucedióles lo mismo en los dos años siguientes que repitieron la expedición; pero en Octubre de 1543 enderezaron hacia Vera-Cruz el rumbo de sus naves, y al llegar á este puerto, bien pronto se enteraron de la muerte del Adelantado y de los desastres que habían acaecido á los españoles en la retirada dirigida por Luis de Moscoso de Alvarado. Volvieron á la Isla de Cuba los capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado y al dar cuenta á D.<sup>a</sup> Isabel de Bobadilla de las malas nuevas de que eran portadores, esta señora se afligió tanto, que cayó gravemente enferma, y á los pocos días falleció inconsolable.

Dicen sus contemporáneos que Hernando de Soto era de alta estatura y de color moreno; de trato festivo, pero sin ofensa de la dignidad de su persona ni de la ajena; elemente, si podía excusar el castigo; severo, si el delito era de todo punto imperdonable; más inclinado á derramar el oro que á guardarle, no supo hallar el justo medio entre el despilfarro y la avaricia; valeroso en los peligros, sufrido en las adversidades, prudente en el consejo y tenaz en sus propósitos; fué soldado leal en los disturbios de Nicaragua, y firme mantenedor de la paz en las contiendas de Almagro y los Pizarros; mostró sus relevantes prendas de caudillo en los tres años que guerreó en la Florida al frente de mil hombres contra miles y miles de indios salvajes.

Estos apuntes biográficos, con ser tan breves, constituyen el primer estudio que en España se ha hecho con el fin de presentar reunidos los altos merecimientos del conquistador de la Florida; porque el Inca Garcilaso, en la que titula *Historia del Adelantado Hernando de Soto*, se limita á referir el período de la vida de su héroe comprendido desde el año de 1538 hasta el de 1542, en que falleció. Al terminar el Inca su relato, escribe que Hernando de Soto era un magnánimo y nunca vencido caballero, «digno de grandes estados y señoríos é indigno de que su historia la escribiera un indio». Quiso decir, sin duda, que un indio era indigno de escribir la historia de tan magnánimo y nunca vencido caballero, pero resultó lo contrario. Nosotros, imitando al Inca, también terminaremos aquí lamentándonos de que el primer bosquejo histórico de la vida de Hernando de Soto que en castellano se publica no sea digno de tan ilustre capitán, cuyas hazañas debieran de narrarse por quien supiese escribir como elegante poeta é investigar como sabio erudito.

LUIS VIDART.

Madrid, 10 de Agosto de 1891



# LA LECCIÓN DE ASTRONOMÍA

## I.

### EL COLOR DEL CIELO.

— ¿Por qué es azul esa extensión tranquila  
En la que apunta ya el primer lucero?  
Darme razones del misterio quiero  
Siempre que empapo en ella la pupila.  
—Leve miasma su color destila,  
Porque el prisma la empapa por entero,  
Y la trueca en un lago placentero:  
Dime si ahora tu razón vacila.  
— ¿Es cierta esa teoría?

—De seguro  
La ciencia así lo dice, ¿te da enojos?  
—No tal; sé que es lo diáfano y lo puro.  
—Pues ahora colmo acaso tus antojos  
Poniéndote sin duda en otro apuro;  
¡Ese color lo llevas en tus ojos!

## II.

### LLUVIAS DE ESTRELLAS.

—En las serenas noches estivales  
He visto huir estrellas que surgían;  
Brillantes mariposas parecían  
Aleteando en campos celestiales.  
—O eran errantes masas boreales  
Que á los ardientes trópicos volvían,  
O bólidos que rotos descendían  
A impulsos de atracciones siderales.  
—¡Esta lección me causa algún recelo!  
¡Para la fantasía poco queda!  
—De poeta parece ese desvelo;  
A la razón fantasear se veda.  
—¡Yo las creía lágrimas del cielo!  
—Son la materia cósmica que rueda.

## III.

### CONSTELACIONES.

—¿Qué son constelaciones, padre mío?  
—Silenciosa y luciente caravana  
Que con asombro de la raza humana  
Hace eterna excursión por el vacío.  
—Y á esos soles y mundos, ¿qué albedrío  
Dió luz y ruta en la primer mañana?  
—Una sola palabra soberana  
Que dijo al resonar: ¡todo eso es mío!  
—Ayer vi el sol nacer entre arreboles  
Y en una duda frívola me abismo:  
¿Una sola palabra enciende soles?  
—Consulta, si te place, el Catecismo  
Para que tus creencias acrisoles;  
A tu edad me enseñaron eso mismo.

B. MAS Y PRAT.



# EL PEOR CONSEJERO

## I.

DE DON LUIS LASUERTE Á DON MANUEL PRECIADO,  
EN PUENTE ROTO.

Madrid, 20 de Marzo de 189.....

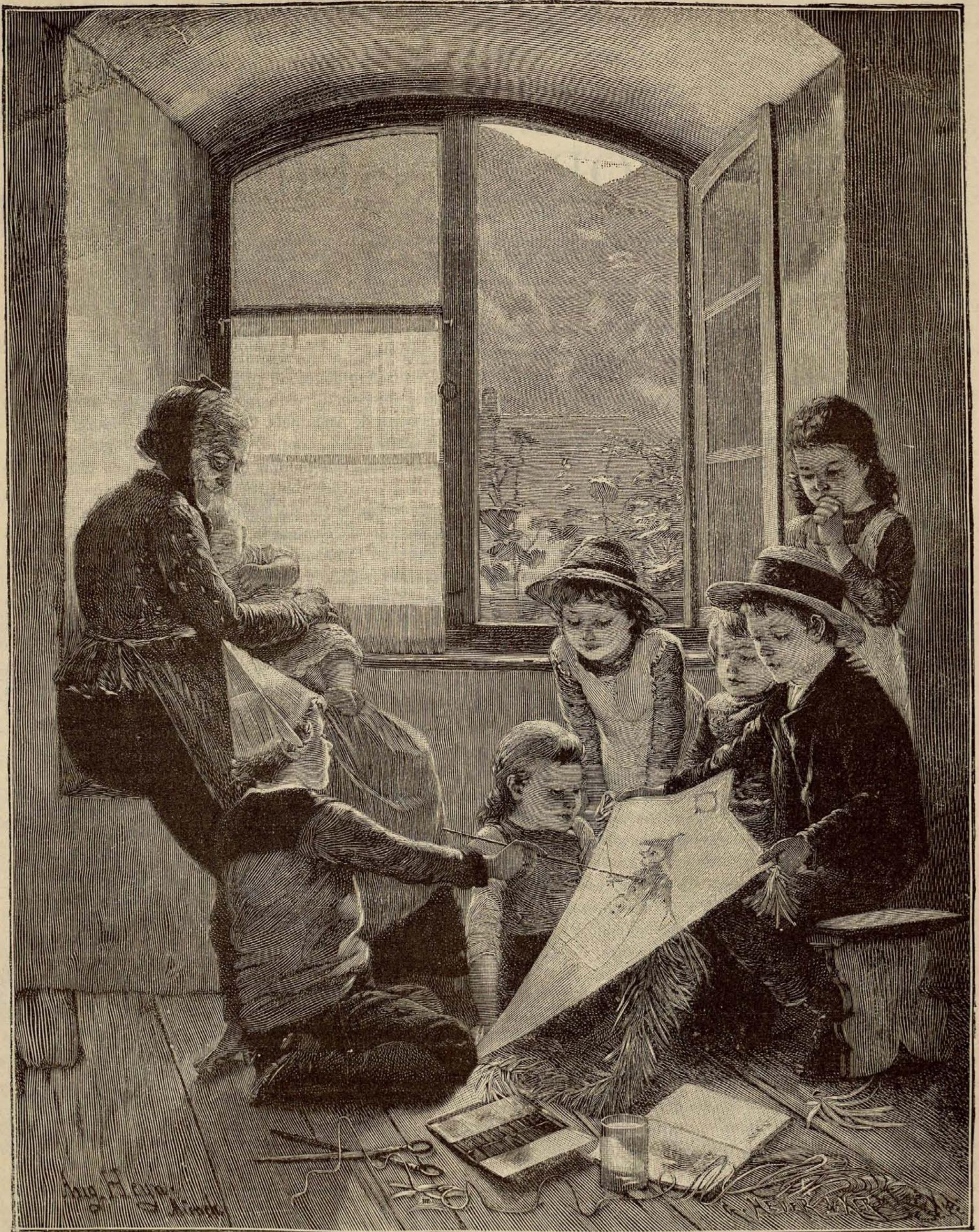
**Q**UERIDO Manolo: He conseguido lo que deseabas. Sin depender del capricho de un ministro, vas á tener colocación segura, poco trabajo, tiempo libre, y en cuanto á sueldo algo más de lo que necesitas para vivir con decoro. Cumpliste tu deber de hombre discreto, yéndote al pueblo por no gastar inútilmente aquí los ahorros de tu padre, y yo he cumplido el mío de buen amigo, procurando que vuelvas á la corte donde crees, con razón, que podrán abrirte camino tus facultades y la base de ilustración que juntos recibimos en esta Universidad y que supiste aprovechar mejor que yo.

Hemos puesto una pica en Flandes. Tus molestias se reducirán á unos cuantos viajes cortos cada año; no tendrás jefes, y los servicios que prestes te serán agradecidos.

Ya sabes que soy íntimo amigo de la Duquesa de Arroyanes, mujer tan rica como guapa, y es de las más hermosas de Madrid. Á esta señora había encomendado en primer término la realización de tus deseos, y Ventura, deseosa de complacerme, se ha salido al fin con la suya; es decir, con la nuestra. Vas á ser una cosa así como entre apoderado y administrador de doña Pilar Torredeloro, viuda de Majadas; algo más que administrador y algo menos que apoderado; pero de tu ingenio, que es grande, y de tu honradez, por la que salgo fiador, depende que seas pronto el *factotum*, el hombre indispensable en casa de esta doña Pilar, que por todos conceptos es lo que se llama una gran mujer: linajuda, rica, bondadosa y muy bien relacionada. Comprendo que además es muy mona, pero no es mi tipo: ya sabes que no me gustan las mujeres pequeñas. Donde está la Duquesa, boca abajo todo el mundo. La suya sí que es arrogancia, hermosura y salero. Estas señoras, ingertas en chula, son de lo más delicioso que puedes imaginar. Pero vamos á lo que te importa. La viuda de Majadas tiene veinticuatro años y

unos cuantos millones de pesetas, entre papel del Estado, acciones del Banco, valores de empresas particulares y fincas en tierra de Andalucía, Castilla y Extremadura, que producen aceite, trigo, corcho, y qué sé yo cuántas cosas más. No se te oculta que tendrás que habértelas con hombres de negocios que procuran embaucar á una mujer sin consejeros, con arrendatarios que no pagan, y con más de un trapiondista ansioso de explotarla. Doña Pilar se casó hace tres años con don Francisco de Majadas, hombre muy rico, indolente, descuidado y poco menos que pródigo y manirroto. En cuestión de mujeres, estaba acostumbrado á *esta quiero y esta logro*; pero dió con Pilar, que cree que los Torredeloro descienden del propio don Pelayo, y ella, por altivez de raza, y acaso por sincera virtud, respondió que *nones*. Para abreviar: dijo lo de aquella famosa cómica francesa: que á su alcoba no se entraba sino por la puerta de la iglesia. ¿No te tiemblan las carnes? El caballero no se paró en barras. Consintió en que le leyeran la famosa epístola, y la orgullosa señorita, último vástago de los Torredeloro, se convirtió en señora de Majadas. Después, luna de miel (no han tenido chicos), y luego, fuese hartazgo de felicidad, ó que el pobre señor estuviera un poco averiado, el caso es que murió á los dos años. Tenía un sobrino que debió heredarle: mas por ciertas cuestiones de familia estaban reñidos, y, ya por esta circunstancia, ya porque Majadas quisiese pagar espléndidamente aquellos dos años de placer legítimo, hizo testamento á favor de doña Pilar, que si posee como nadie, salvo mi señora la Duquesa, el arte de lucir un traje, no distingue, en cambio, un papel de estraza de un billete de mil pesetas. Resultado: que el cobro de cupones llega mermado y tarde á sus manos; que las cosechas las recoge cualquiera menos ella, y que de seguir así, tardará poco en quedarse tronada. ¿Qué mejor empleo para ti? Aunque te siga la manía de hacer versos, entiendes mucho de negocios, conoces la vida del campo, y eres activo. Vas, pues, á ser el Néker salvador de esta hacienda. Comenzarás por ordenar los asuntos, y Pilar te deberá lo que más agradecen ellas: la seguridad de poder entregarse á satisfacer sus caprichos, sin preocuparse de cuánto les cuestan.

Hace pocas noches, en casa de mi Duquesita, me habló Pilar de su situación, quejándose amargamente. El actual administrador es entreverado de ladrón y tonto; el mayor-



INSPIRACIÓN.

CUADRO DE R. HEYN

domo, un pillito; el bolsista á quien consulta, otro que tal baila, un gatera que quiere casarse con ella ó arruinarla, ó ambas cosas á la vez. Esto último la ha decidido á buscar remedio á sus males, haciendo *crisis total*. Todos van á la calle. Es íntima, íntima amiga de Ventura, mi Duquesita, y valido de esta circunstancia hablé de ti como mereces, respondí de tu honradez..... y quedamos en que te avisase. ¿Quieres más?

Conque, ponte en camino y hablaremos largamente. Me parece que no te quejarás de tu estrella ni de tu buen amigo y condiscípulo, que te quiere de veras,

LUIS.

Aunque ya te digo que hablaremos despacio de muchas cosas, te advierto que Pilar pasa entre sus amigos, y creo que con fundamento, por mujer indiferente y desdeñosa en materia de amores. Venturita me ha dicho varias veces que es altiva y muy fría. El olvido de esta circunstancia pudiera ser fatal; pero, en fin, para tratar de negocios no importa que sea de cal y canto. Adiós, y apresura el viaje.

## II.

DE DOÑA PILAR TORREDELORO, VIUDA DE MAJADAS, Á LA DUQUESA DE ARAYANES, EN BIARRITZ.

Julio 15, Madrid.

Queridísima Venturita: ¿Cómo he de divertirme ni pasarlo bien no estando tú aquí? Ya te tengo dicho, y ahora te lo escribo, por si algún día quieres sacármelo á relucir, que muerto aquel hombre que mientras vivió intentó hacerme dichosa y al morirse me dejó rica, únicamente para contigo tengo motivos de agradecimiento y cariño. Acaso otra no lo confesara, pero yo soy así. Tú me has servido de maestra en todo lo que es gracia, encanto, primor y elegancia. Cuando llegué á Madrid no tenía más que mi nombre ilustre, y mis diez y ocho años: dinero muy poquito. *Après tout* no carezco de mérito, porque he procurado acercarme á mi modelo, por supuesto nada más que en ciertos detalles, porque una cosa es imitar la caída de un lazo ó el plegado de una falda, y otra cosa es tener tu ingenio y tus ojos. Yo voy creyendo que soy casi tonta; y los ojos, aunque dicen que no son malos, no me sirven para nada: como que me estaban robando y no lo veía; pero, afortunadamente, parece que esto va entrando en caja. El recomendado de *tu* Luis se porta muy bien. Hace poco más de dos meses que está aquí, en las habitaciones del piso segundo, y la situación ha mejorado mucho. Por lo pronto, ya sé á cuánto deben ascender mis rentas cuando todo se normalice; en segundo lugar, ha conseguido realizar muchos de los créditos que yo consideraba incobrables; y, por último, ha logrado que algunos colonos y arrendatarios que estaban en descubierto conmigo se comprometan á pagarme en plazos cortos. No entro en detalles por no cansarte. Si la cosa sigue como ha empezado, en poco más de un año podré considerarme, desde el punto de vista de los intereses, como la mujer más feliz del

mundo. Me sobrará con qué vivir: ya sabes que no soy codiciosa. ¡Si pudiese una tomar administrador para el corazón y el pensamiento como para el bolsillo! Por supuesto que esta es una tontería, porque ya sabes que no me pesa la viudez. Fuera del afecto que te profesó, y éste no necesita dirección, ningún sentimiento, ninguna idea hay en mi alma que exija vigilancia. ¿Será porque comprendo lo delicado de mi situación? El dinero, que nos da tranquilidad para tantas cosas, nos la quita para otras. ¿Qué mujer rica no ve acercársele los hombres con recelo? Además, entrando en cuestión de distinta índole, hartó sabes que jamás logrará interesarme un hombre que no pertenezca á mi clase: cuando Pilar Torredeloro era pobre, supo guardarse y mirarse mucho; con que ahora que, gracias á la generosidad de mi difunto y á la buena administración de vuestro recomendado, voy á tener seguro el cobro de los cupones y sin merma las cosechas, ¡figúrate! No me casé con Majadas porque fuera rico, sino, en primer lugar, por ser de familia tan buena como la mía, y luego porque creí quererle. ¡Triste cosa es que no sepamos por completo lo que es el amor hasta después de casadas!

Todavía no puedo cumplirte mi ofrecimiento de ir á Biarritz; pero no des á nadie por muchos días el cuartito azul, pues confío en que á mediados del que viene me tendrás ahí. Entretanto, escíbeme con frecuencia.

Se me olvidaba decirte que además de buen administrador, este don Manuel que me habéis proporcionado para ministro de Hacienda, no parece hombre vulgar, ni carece de cierta ilustración. Algunos periódicos han publicado versos suyos, y mi doncella me ha dicho que casi todos los días vuelve á casa trayendo algún libro. Don Manuel, aunque el *don* no le sienta, porque no pasará de los treinta, tiene buena presencia y cara de listo; es alto, moreno y no resulta antipático. En cambio, es poco cuidadoso en el vestir; ¡Si vieses qué corbata morada con lunares verdes trajo el primer día!

No hay tiempo para más. Adiós, rica. Dime qué vida haces, aunque ya supongo que estando Luis ahí, no verás á mucha gente. Tuya siempre y de veras

PILAR.

## III

DE LA MISMA Á LA MISMA, EN BIARRITZ.

Agosto 6, Madrid.

Querida Ventura: Hijita, no puede ser. Ni el 15, ni acaso el 20, ni tal vez en todo lo que queda de mes. No sabes lo embrollado que estaba todo. ¿Querrás creer que en el pueblecillo mismo del pobre Majadas (q. e. p. d.) había cortijero que me debía año y medio? Poco antes de morir hizo un préstamo sobre una casa: pues, hija, ni me devolvían el dinero, ni me daban intereses, ni nada..... y, además, han intentado estafarme vendiendo la finca. Por fortuna este hombre, que está en todo, ha puesto remedio; y como no

hay posibilidad de sacarles un maravedí, me quedaré con la casa. Puedes decir á tu Luis que su recomendado me tiene hasta ahora muy contenta. Al principio no las tuve todas conmigo, porque me pareció hombre muy metido en sí, seco y de pocas palabras. No respondía de nada, no daba seguridad de nada; yo, para mis adentros, le llamaba *Don Veremos*; pero, hijita, en cuanto él se hizo cargo de todo, resultó un dije. «Señora, los de Córdoba han pagado hasta el trimestre pasado; en Martínferros están al corriente; á la casa de la calle de Fuencarral se le levantará un piso sin gastar nada, subiendo el alquiler á los de Atocha, y he convertido las tres tiendas en local para un café, que renta mucho más.» ¿Qué te parece? Y lo dice tal como te lo pongo aquí, sin dibujos ni rodeos. Lástima que sea un poco tosco, aunque no deja de afinarse algo. Se acaba el papel. Tengamos un poquito de paciencia á ver si quedo libre de asuntos y puedo salir de aquí el 8 ó el 10 del que viene. Muchos recuerdos á Luis. Escribe, no seas perezosa, y ya sabes que te quiere tu mejor amiga

PILAR.

#### IV.

DE LA MISMA Á LA MISMA, EN BIARRITZ.

Septiembre 8, Madrid.

Venturita mona: Te vas á poner hecha una fierecilla; pero, hija mía, no puedo remediarlo. No me esperes para ir juntas á París. Este año adiós Biarritz, y lo que siento más, me quedo sin París. Antes que se me olvide, un encargo. De la misma casa de la avenida de la Ópera, donde compramos el de las flores de acacia, tráeme tres sombreros bonitos para paseo; al teatro ya sabes que si voy es á tu palco. Pregunta qué *fourrures* estarán más en moda este invierno, y cómprame algo parecido á lo que elijas para tí: también quiero un par de vestidos, pero ya te mandaré las medidas; haré que me las rectifique mademoiselle Barolét, porque me parece que estoy algo más llenita. Dime si quieres dinero y cómo te lo envío, aunque esto ya lo dispondrá Manuel.

Este hombre es verdaderamente útil, y va tomando tierra en Madrid. La otra tarde pasó junto á mí, estando yo en el coche delante de casa de aquellas á quienes tú llamas la Duda Flotante, mientras el lacayo subía las tarjetas; me saludó muy fino, pero sin pararse. ¿Sería cortedad, ó falta de cortesia? Te decía que es útil, porque acaba de evitarme un disgusto muy gordo. Figúrate que como yo no tenía cuidado de nada, y esta casa no era casa, pues, hijita, estaba debiendo, sin saberlo, una porción de miles de reales al guarnicionero, á mademoiselle Pimpante, al tío que me trajo la victoria el año pasado y cambió el caballo negro, y ¡hasta en las tiendas de cosas de comer! El mayordomo que despedí cuando vino Manuel me dejó entrampada, y ¿cómo dirás que ha salido todo á relucir? Pues en forma de citas judiciales. ¡Qué vergüenza! Si no es por este hombre, hubiese yo tenido que ir á las Salesas como una cualquiera.

Además, para ciertas cosas, es tan delicado y tan escrupuloso, que no consiente que le otorgue poder, y pone todas las escrituras á mi nombre. Esta es la causa de que yo no pueda salir ahora de Madrid, porque no sé cuándo tendré que firmar unos papelotes de gran interés. ¿Querrás creer que me ha puesto en claro los títulos de propiedad de todas las fincas? Lástima que sea un poco vanidoso. Cualquiera diría que hace bien las cosas, no por conseguir favorable resultado, ni porque se lo agradezcan, sino por lucirse. Me parece que su defecto, ó mejor dicho, lo que le sobra, ha de ser mucho amor propio.

Lo de no ir contigo á París me tiene disgustadísima; pero, hijita, ¿cómo dejas esto? El año que viene será otra cosa, y si quieres, en pleno invierno haremos una escapatoria de quince días para comprarnos los abrigos. Nada más por hoy. Á Luis, que le está muy agradecida tu mejor amiga

PILAR.

#### V.

DE DON MANUEL ALADECERA Á DOÑA INÉS ALADECERA,  
EN PUENTE ROTO.

Madrid á 4 de Octubre.

Mi siempre querida hermana: Recibida la tuya, nada nuevo tengo que comunicarte. Mi situación aquí es la misma que ya te he dicho; pero no hay que perder de vista que no considero esta casa sino como el primer repecho que pienso subir, si me ayuda un poco mi suerte, aunque ya sabes que yo creo poco en la fortuna y mucho en lo que cada hombre hace por sí. Las protecciones son para quien no puede medrar sin ellas.

Á esta señora, que es buena, pero que no ha inventado la pólvora, le estaban robando inicualemente. Me queda bastante que trabajar; pero espero que dentro de un par de meses, luego de formalizado el cobro de atrasos y renovación de escrituras, esto será para mí como para ti coser y cantar. Con dos horas diarias estaré despachado, y ella podrá dormir *sobre las dos orejas*, como dicen los franceses. Después, esto será para mí una canonjía.

Voy entrando de nuevo en la vida de Madrid. ¡Y qué diferencia de cuando era estudiante! He reanudado amistades antiguas, y confío en que pronto, muy pronto, oirás hablar de tu hermano. Espero leer una de estas noches en el Ateneo. Si gustan mis versos, y creo que sí, porque agradan otros que no valen ni la mitad, me pondré á concluir un trabajo de importancia, y ¡ya verán los maestros de aquí!

Para conseguir eso del Ateneo, me ha recomendado doña Pilar á Campoamor y á Núñez de Arce: por supuesto, que también lo hubiera yo logrado sin ayuda de nadie: cuestión de tiempo. Me ha pedido que si llego á dar la velada, le reserve un par de billetes para ir con una amiga; lo cual me ha chocado mucho, pero en realidad no tiene nada de particular. Puede que haya leído aquellas dos composiciones que logré meter en LA ILUSTRACIÓN.

Aun no he podido satisfacer tu curiosidad enviándote el

retrato de doña Pilar. Es pequeñita, morenilla, fina, en conjunto agradable, pero muy poquita cosa y bastante sosaina. Ya te he dicho que no es mi tipo. Se me figura que no echa mucho de menos al muerto, y eso que, á juzgar por el testamento, la quería de veras. Así sois todas. Tú ándate con cuidado con el majagranzas de D. Juanito, que parece que no llama y se mete en casa. Demasiado comprenderás que no estoy dispuesto á tolerar ciertas cosas, y menos ahora que empiezo á crearne una reputación. Conque mucho ojo, y no lo olvides.

Adiós: á padre un abrazo muy apretado. A Mariquilla le dices que no recibís cartas mías: cuanto menos habléis de mí, mejor. Se acabaron las chiquilladas. Tu hermano que te quiere

MANOLO.

Cuando lea en el Ateneo, os mandaré los periódicos que hablen de mí. Doña Pilar se ha empeñado en recomendarne á unos periodistas conocidos suyos para que no me *revienten*, como aquí se dice. Ha sido cosa de ella, espontánea: yo nada ja he pedido. No me mandes más calcetines blancos de los que tú me haces. No creas que es desprecio ni falta de cariño; pero aquí no se puede llevar eso. Servirán para padre. Te abraza de nuevo tu hermano

M.

VI.

DE DOÑA PILAR TORREDELORO Á LA DUQUESA DE ARRAYANES,  
EN PARÍS.

Septiembre 28, Madrid.

Mi querida Ventura: ¿Serás capaz de pasar todo el invierno en París? La verdad, por mí lo sentiría en el alma; pero no pierdes gran cosa en no estar aquí. De reuniones nada, visitas estúpidas por las tardes, y en el Real, según dicen, preparan lo de siempre: compañía mala, las óperas de toda la vida y subida de precios.

Hasta que tú vengas, para mí Madrid no es Madrid. Además de la *fourrure* y los otros encargos, tráeme un par de batas muy elegantes, como para ti; y si te parece, que sean claras. Como ya se han cumplido los dos años.... En fin, á tu gusto. Los sombreros, aunque sean un *poquito* vistosos, no importa. No dejes de anunciarme tu vuelta por si necesito algo más. También quiero saberlo porque deseo estar aquí para entonces. Te digo esto, porque puede que tengamos que ir unos días al Olivar del Santo, junto á las Ermitas de Córdoba. Es consejo de Manuel, y no le falta razón. Poco á poco voy á recorrer todos *mis estados*. La otra noche me dijo comiendo que si yo quisiera poner cuidado, á la vuelta de un par de años habría aumentado en un 20 por 100 cuanto tengo, y que si él tuviera que dejarme por cualquier causa, no debía yo de necesitar auxilio de nadie. Para mis intereses sería un golpe fatal que este hombre me faltara. Tiene un entendimiento clarísimo, y ni es tan brusco como supuse al

principio, ni le falta gracia. Dice que ha estudiado aquí toda la carrera y conoce á mucha gente.

Adiós, monísima. Ya sabes que te quiere tu invariable amiga

PILAR.



VII.

DOÑA PILAR TORREDELORO Á LA DUQUESA DE ARRAYANES,  
EN PARÍS.

Octubre 10, Madrid.

Queridísima Venturita: Se conoce que te diviertes, y no piensas en volver. Por mí lo siento, pero haces bien. Yo, en cambio, cada día más aburrída. No voy á ninguna parte, y apenas salgo de noche. El viaje á Córdoba en suspenso, porque Manuel está malucho. Espero que no será nada. ¿Te dije que quería leer versos en el Ateneo? Pues bien; se lo recomendé á Campoamor, y conseguimos que leyera. Gustó mucho, mucho de verdad. Los periódicos dijeron que es un *poetazo*. Te mando unos sueltos cortados para que los leas. Indudablemente tiene mucho talento. Ya ves, entiende de números y hace versos. Su padre creo que es labrador, pero en grande: supongo que las tierras serán tuyas. Manuel es quien le arregla todos los asuntos, como hace conmigo. Le aplaudieron á rabiarse. Por cierto que lo que leyó se parece bastante á los poemitas de Coppée, que tanto me gustan. Al salir, hizo la majadería de no querer venirse en coche, y pescó un catarro. Estoy segura de que entre las gentes ilustradas no se habla hoy más que de él. Yo no le veo, porque ha tenido que guardar cama; pero afortunadamente no es cosa de cuidado.

Adiós, feúcha; escríbeme largo, cuéntame todo lo que ves y cree que te quiere mucho tu verdadera amiga

PILAR.

Di á Luis de mi parte que compre algún regalo bonito y elegante para hombre: lo que él quiera, pero que sea bueno, porque el otro día, que fué mi santo, Manuel tuvo la atención de enviarme una canastilla de flores, por cierto preciosa.

## VIII.

LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DOÑA PILAR TORREDELORO,  
EN MADRID.

Paris, 17 Octubre.

Querida Pilarcita: Pero, criatura de Dios, ¿no te das cuenta de lo que te está sucediendo, ó imaginas que soy tonta y no lo adivino todo? Bien dice Luis que, sin sospecharlo, hemos metido al lobo en el redil. Tú, en cambio, no te enfades, pimpollo, estás haciendo de oveja boba. ¿Estás en Babia, ó camino de la Vicaría, que es peor? Porque tú no eres de las que se comen el puchero antes de las doce. Cada loco con su tema. En cambio, yo.... Si Luis me hablase de casorio, creo que le dejaba cesante. Pero vamos á lo que importa. ¿Ese administrador es tal administrador, así como suena, ó es que te gusta representar el papel de doña Inés? ¡Parece mentira que estés viuda, la situación más favorable para atisbarlo, comprenderlo, evitarlo y hasta precipitarlo todo! Estás desacreditando á la clase y dejando que se te entre el amor, no al cuerpo, sino al alma, que es mucho más grave. Mira, hija, que hablo por experiencia.

Ya sabía yo que eras romántica, pero no tanto. Apenas llegue te confesarás conmigo; pero quiero ponerte, desde ahora, en guardia contra ti misma. Tengo tiempo, porque Luis ha ido á cobrar una letra, y tardará.

Prescindamos por un momento del administrador (de algún modo hay que llamarle), y vamos á la serie de impresiones que ha causado en tu ánimo. En una de tus primeras cartas me decías que *don Manuel* no carecía de cierta ilustración, que compraba libros (en eso gastan ellos el dinero) y que hacía versos: total, nada. En otra se te escapa que *está en todo*, le llamas *dije*, y aun quejándote de su poca elegancia, haces la observación de que ya no usa corbata morada con lunares verdes. Todo esto sin renunciar todavía á venir á Biarritz. Luego retrasas el viaje y hablas de que estás *más llenita*. Chica, francamente, esto ya es atroz. Ninguna mujer se preocupa de eso como no tenga alguien á quien querer agradar. En seguida, ó poco después, viene la supresión del *don*. ¡Adiós tratamiento! Le llamas *útil*.... ha tomado tierra en Madrid....

Por último, renuncias á lo que más te gusta, al viaje á París, y me largas la noticia con la mayor frescura del mundo. Francamente, ¿es sobra de inocencia, ó es exceso de malicia? Si lo primero, no sirves para enamorada: si lo segundo, eres poco leal conmigo.

Lo gordo viene en cartas posteriores. Tú, que no recibes á nadie con confianza, ¿para qué pides batas muy elegantes y claras? ¿Sabes cómo llamaba mi abuelita á las batas? Decía que era el traje con que más le gustaba al diablo la mujer. ¿Conque has caído en la cuenta de que se han cumplido los dos años? Nadie diría que tienes veinticuatro. Bien es verdad que representas diez y ocho. ¡Quién fuese tú! Vamos adelante. Al pedir sombreros con flores, haces la observación de que el administrador tiene entendimiento y mucha gracia. Somos unas pobrecitas. ¡Mira que cuando nos parecen graciosos, ya están ellos riéndose de nosotras!

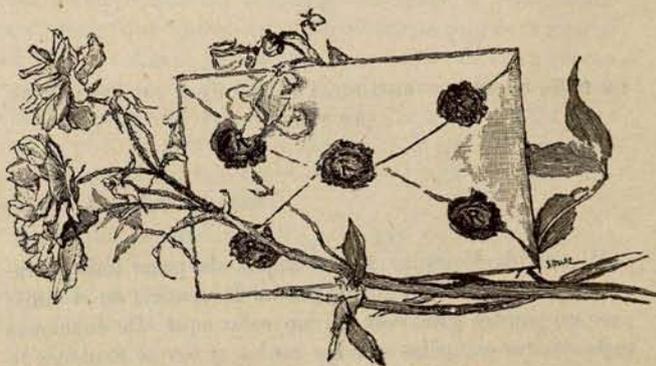
Luego se lo recomiendas á Campoamor (que se estará burlando de ti y te sacará en una dolora); lee versitos que te parecen de Coppée, me mandas recortes de periódicos, y él ¡pobrecito! pesca un catarro por no querer irse contigo. Catarro, ¿eh? Ya le haría yo sudar.

Luego, bomba final: lo del viaje á las Ermitas. ¿Lo has pensado bien? ¿Á las Ermitas? Para eso, atrévete, y á la parroquia con él. Porque, la verdad, hijita, estoy viéndote hasta el fondo del corazoncito; pero de ese Manuel, á quien estás deseando llamar Manolo, no sé palabra. ¿En qué actitud está? como dicen los políticos. Luis afirma que es un buen chico: los lobos no se muerden entre sí. ¡Ay, si hubiese masonería de mujeres, como la que tienen ellos!

¿Me autoriza el cariño que te profeso para decirte todo lo que se me ocurre? Pues en una palabra: si con *él* te has clareado tanto como conmigo, una de dos: ó ese hombre pasa veinticuatro horas al día besando donde tú pisas, á menos que no le permitas besarte á ti, ó es un tonto.... ó un pillo muy largo. Vive prevenida; y, créeme, suspende el viaje á las Ermitas. ¡Pues buenos están los tiempos para cometer imprudencias ni correr aventuras! ¿No sabes que luego sale uno de esos padres á quienes damos terrenos, conventos, dinero, colegios, influencia, ¡todo!, y en pago escribe una novelita y nos pone verdes?

Te envío un puñado de besos; pero temo que á estas alturas te parezcan besos de amiga. Lo es siempre tuya de *tout cœur*,

VENTURA.



## IX.

DOÑA PILAR TORREDELORO Á LA DUQUESA DE ARRAYANES,  
EN PARÍS.

Noviembre 10, Madrid.

Venturita mona: Tu ingenio y tu picardía han hecho que te pases de lista, como el personaje de aquella novela de Juan Valera que tanto nos gusta; pero, hijita, ¡qué cosas se te ocurren! Mil veces me has dicho que soy tan poco impresionable, tan indiferente, no te has atrevido á decir fría, ¿y ahora supones que puedo inflamarme en un ratito, como tiple de ópera? ¿Olvidas quién soy yo y quién es él? ¿Qué ha pasado aquí? Mi casa y mis intereses estaban yéndose á pique, y un recomendado de Luis, es decir, tuyo, va evi-

tando el naufragio. ¿Es delito que le mire con cierta simpatía ó con un poco de gratitud? ¿Qué hay en esto de sospechoso? No te enfades, pero como tú pecas de compasiva para con ellos..... ¡pues! piensa el fraile que todos son de su aire. Aquí no ha habido siquiera ocasión de mostrarse indulgente. Ni él ha dado motivo, ni yo le hubiese tolerado la menor ligereza. Se trata sencillamente de un hombre que cumple bien, que trabaja, acaso más de lo que debe, y de una señora, entendiéndolo bien, señora, que ha correspondido á ese celo. En cuanto á lo de ir á Córdoba, que tanto te escandaliza, me parece que viajar con el administrador y la doncella no es ningún crimen. Mucho agradezco el cariñoso interés que revela tu carta; pero el día que suceda *eso* que tú supones, será con un hombre notable, distinguido por sus méritos ó por su casa. Sabes que para mí el decoro es lo primero. Si algún día me pretendiese un hombre vulgar y yo tuviera la desdicha de apasionarme, ó encapricharme, como tú dices, procuraría elevarle tanto, á ser posible, que luego tuviese yo que bajarme para ser suya. Fuera de esto, ni la ovación que Manuel tuvo en el Ateneo, ni el mérito de sus versos, ni siquiera lo beneficioso de su administración, pueden hacerme olvidar que soy de la familia de los Torredeloro. Si con él ó con cualquiera otro llegase á olvidarlo, me daría mucha vergüenza: cuando yo me entregue á un hombre, será que puedo hacerlo con toda solemnidad. Suceda lo que Dios quiera, nunca dejará de ser tu mejor amiga

PILAR.

X.

LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DOÑA PILAR TORREDELORO.

París, 15 de Noviembre.

Nenita mía: Varias veces me has oído decir que para conservar á los amigos es preciso no hablarles de sus defectos. He olvidado esta máxima, por exceso de cariño, y mi leve culpa me ha valido la destemplada carta tuya que acabo de recibir, escrita por la mano más pequeña y pensada por la cabecita más graciosa y..... más quisquillosa de Madrid. A pesar de lo cual no me enfado, porque te quiero mucho. ¿Cuánto se alegrarían algunas si nos vieses enemistadas!

Eres un poquillo vanidosa..... á la antigua española, y te ha ofendido mi sospecha de que el *administrador* pueda convertirse en amo. Como quieras: ni tú piensas en él ni él en ti: no pasa nada. Digno de ti no lo hay entre todos los grandes de España..... pero, hija, princesa, tú estás enamoradita de Manuel ó Manolo, como le llares. Perdono tus frases picantes: hasta me hacen gracia.

Aunque nada me dices ya de los encargos, conste que te llevo los sombreros, las dos batas elegantísimas..... claras, y aunque no me la has pedido (sigo pasándome de lista), te he comprado también alguna ropa interior verdaderamente primorosa, con unos encajes que parecen labor de hadas. Luis me las vió comprar, y dice que «hasta allí». Si no te gusta, yo me quedaré con ella. Adiós, doña susceptible, ingrata..... tonta. ¿Qué mal ni qué bien me trae á mí que te estés enamorando sin saberlo? ¿No ves que tengo seis meses más que tú y sé de todo?

En fin, pronto hablaremos, porque el jueves de la semana próxima llegaremos á esa; y para que veas que ni me ofendo ni te supongo enojada, me iré á tu casa mientras acaban de aviarme las habitaciones que me están arreglando. Tú corre con que avisen á mi doncella para que lleve ahí lo que yo pueda necesitar. Desgraciadamente, Luis se irá en seguida á Sevilla, porque su tío está enfermo. Adiós, rica, y perdona tanta palabrería y tanta franqueza á tu invulnerable

VENTURA.

XI.

DON MANUEL ALADECERA Á DOÑA INÉS, SU HERMANA.

Tierra Espigas, á 17 de Diciembre.

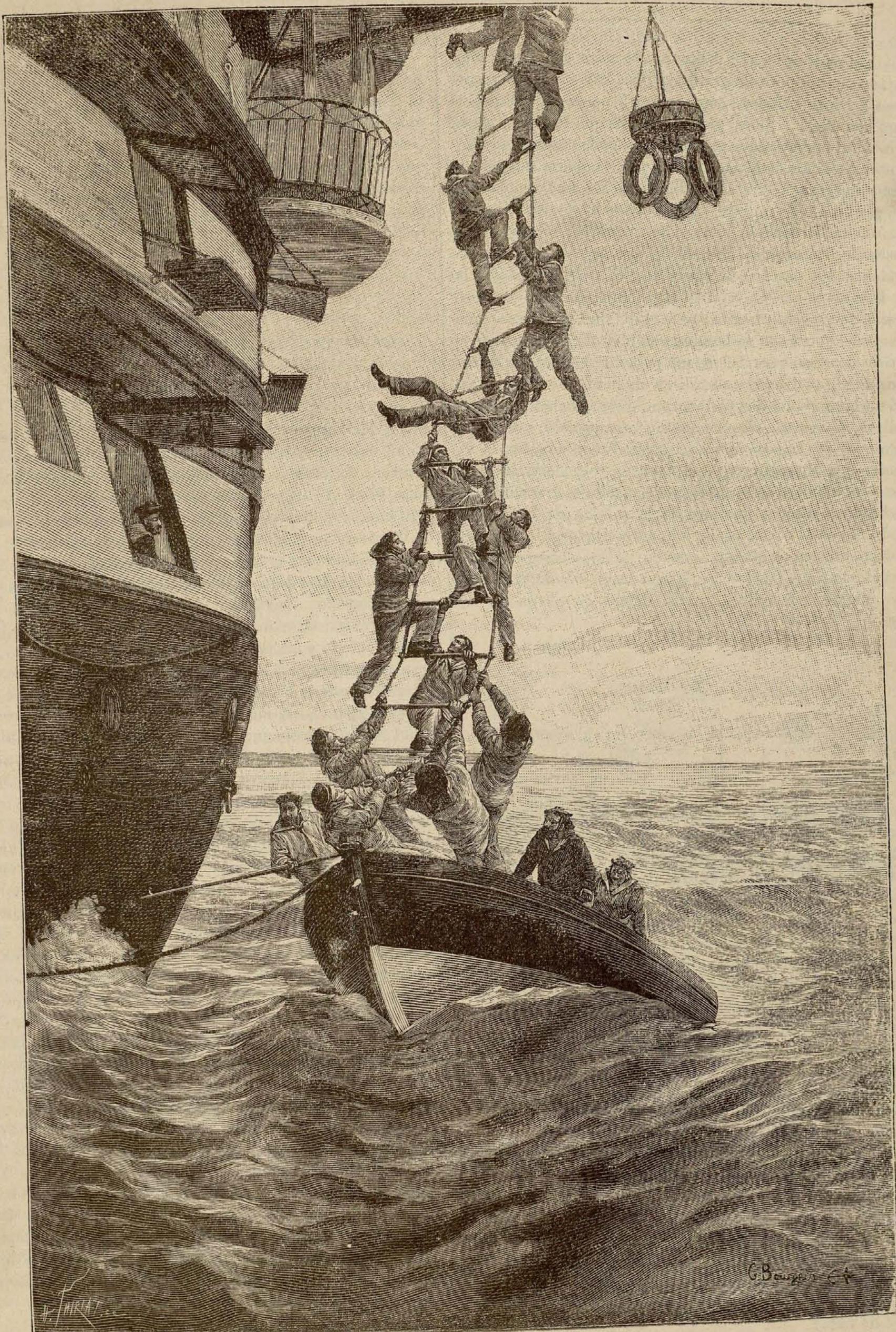
Querida hermana mía: Hoy es uno de los días más felices de mi vida. Anteayer llegué á este pueblo para realizar la cobranza de mil y pico de duros que estos palurdos deben á doña Pilar. El lugarejo es pedregoso, árido, seco, sucio; pero hoy..... no hay para mí tierra más hermosa en el mundo. Figúrate que anoche fui á casa de un D. Servando, que es aquí el cacique, el amo, y hablamos de política. Con él estaban otros tres personajes de capa parda á cual más astuto y solapado..... pero ya conoces mi facilidad de palabra. Para abreviar: les entusiasmé, y como andan muy quejosos de su diputado y además se acercan las elecciones, ¡asómbrate! me ofrecieron la diputación. Te advierto que esta es la tercera vez que he venido á este lugar y que apenas me conocen. Estuvieron muy expresivos; y tan pensada y resuelta tenían la cosa, que si me niego no sé lo que hubiera pasado. El D. Servando es muy listo y tiene aquí vara alta. Total: yo acepté dejándome rogar un poco, y como la influencia de este animalucho es decisiva en el distrito, voy á ser diputado; quizá el único que vaya á las Cortes sin haberlo solicitado. Para cuando se abra la legislatura quiero que vayáis á Madrid. Di á padre que se haga ropa decente. Lo estoy recordando y me parece mentira. Es increíble. ¡Sin la menor indicación mía! ¿Á quién se le iba á ocurrir? El primer día que hable os llevaré al Congreso. Les dije que yo era liberal, y les pareció bien: lo principal, según ellos, es conseguir una condonación de contribuciones que tienen pendiente por un pedrisco que cayó nueve leguas de aquí, y que *votemos* la carretera de Tierra Espigas á Valchasco.

¿Sabes lo que me contraría? Que como casi toda la comarca es de doña Pilar, no hay más remedio que notificarle lo sucedido pidiéndole su venia, á lo menos por cortesía, so pena de indisponerse con ella. ¡Mira tú que tener que hacer esto cuando he sido rogado, casi obligado por el cuerpo electoral! Te parece un sueño, ¿verdad? Pues dentro de un mes podré sentarme en el Congreso.

Respecto de lo que me dices de doña Pilar, te equivocas de medio á medio. No es lo que se llama una mujer fea; pero, dadas las circunstancias, no quiero pensar en comprometer mi libertad. Con menos fortuna han llegado otros á ministros. Los poetas tenemos en política buena suerte: de todo te tendré al corriente. Un abrazo á padre.

Tuyo,

MANOLO.



LA VUELTA A BORDO  
CUADRO DE G. BOUGUEREAU.

## XII.

LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DON LUIS LASUERTE,  
EN SEVILLA.

Madrid y Enero 30.

Monín de mi alma: Razón tenías para sospechar que tu recomendado había caído en casa de esta mosquita muerta igual que lobo en redil.

Está *loca perdía*, como tú dices. He visto cosas estupendas y he sabido atrocidades. Tu amigo Manuel no es aquí el amo porque no quiere. A ella cuanto hace le parece bien, y no pasa tarde sin que le mande á llamar. Yo algunas veces me voy por no hacerme antipática; otras me quedo para *oler*, y, chico, te asombrarías. *Don Manuel*, ó es memo y no entiende, ó se hace el interesante. Ella le recibe hecha una princesa de elegante, y luego dice amén á cuanto le propone. Lo grave del caso es que él, ¡tan fresco! Á mí no me cabe en la cabeza que una mujer haga esas *avances*, que llaman los franceses, tanta monada y tanta zalamería (tú la llamarías de otro modo), sin que él tenga que tomar una determinación. Porque la cosa está que arde. Y en prueba de ello, allá va la bomba final, ó mejor dicho bombas, porque son dos. Primera: que Pilar, según he sabido gracias á una casualidad, le está protegiendo por bajo de cuerda, hasta tal punto, que le sacarán diputado por Tierra Espigas la semana que viene. Mira por dónde has hecho un diputado sin saberlo. Lo gracioso es que el tal Manuel tiene trazas de creer que quien le da el distrito es su propio mérito. ¿Si supondrá que los paletos han sabido que le aplaudieron en el Ateneo? De vanidosos está el mundo lleno. Pues, hijo, la tal velada fué, según me han dicho, lo que tú llamas una *lata*. Por último, y esta es la segunda bomba. ¿Sabes á quién pone varas el diputado en canuto? ¡Pues á mí! Anda y busca empleitos para los amigos. Desde que me oyó decir que el general Martínez es tío mío está conmigo finísimo, ¡y la otra ciega! No quiero ocultártelo, porque estas cosas vuelan. ¡Figúrate! *Yo mi Luis y nada más*.

Lo de la diputación (lástima que no hayamos pensado en ello para ti) te dará idea de cómo está Pilar. Con las relaciones que ésta tiene le hacen subsecretario en seguida. Y él nada, sin soltar prenda, á pesar de haber estrenado ella las dos famosas batas claras. ¿Te acuerdas de la tarde que me las probé en París en el cuartito de la fonda?

Yo hago como que no veo y las cojo al vuelo. Está perdida, y si Dios no lo remedia cometerá una imprudencia. Lo único que la contiene es su eterna manía del decoro, ¡su familia.... una Torredeloro! (¿Qué dirían en Tierra Espigas?)

No tengo tiempo para más. Cuando vengas, que me hace falta sea pronto, te daré detalles. Entretanto, está tranquilo por lo que se refiere á tu *recomendado*. ¿Sabía que soy tuya? Porque si no lo ignoraba, el mozo es de perlas.

Nada más. Mil cariñitos de tu

VENTURA.

## XIII.

DE LA MISMA AL MISMO, EN SEVILLA.

Madrid, 6 de Febrero.

Riquín mío: Ayer pagué la cuenta del sastre y cuarenta duros al tío que te lleva el tabaco, porque vino tu criado diciendo que habían ido á chillar. ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿No sabes que no quiero que te atrases?

Al fin la pobrecilla se confesó conmigo. Empezó diciéndome que estaba muy preocupada, y acabó contándome que lo de la diputación era obra suya, pero que él no lo sabía. Luego se echó á llorar como una colegiala, diciendo un *le quiero*, vamos, que ni la Reichemberg, aquella rubia de la Comedia Francesa, que te di un abanicazo por mirarla.

Nadie puede profetizar en qué parará esto. Y ahora hablemos de nosotros. Me siento muy solita....

Tuya, con muchas ganas de verte,

VENTURA.

## XIV.

DE LA MISMA AL MISMO, EN SEVILLA.

Madrid, 7 de Marzo.

Sr. D. Luis: En vista de que su estancia de usted en Sevilla se prolonga demasiado, y considerando que las sevillanas son muy guapas, mañana salgo para esa. Ya puedes componértelas de modo que te den un cuarto bueno, es decir, junto al tuyo; por lo menos en el mismo piso.

¡Pobre Pilar! ¡Qué cosas hacemos las mujeres! Anteayer, estando él fuera de casa (ya sabes que desde un principio le dió habitación en el segundo), largó la doncella á la calle con no sé qué pretexto y se empeñó en subir conmigo para ver cómo tenía Manuel el cuarto. No, la idea no es mala. ¡Cuántas infelices se desengañarían si pudiesen ver el cuarto donde vive el hombre á quien quieren! Total, nada: un despacho muy modesto atestado de libros, y un gabinete que es á la vez dormitorio y tocador. La cama limpia, pero prosaica como la de todo hombre que vive sólo: sobre una mesa tijeras, limas, cepillos, botones de plata, navajas de afeitar, agua de Colonia y hasta tenacillas para las guías del bigote. Se me olvidaba lo mejor. Entre todas estas baratijas, dos retratos bajo cristal: uno de viejo, un tío del campo, así como cortijero andaluz, buen tipo; y otro de mujer joven y bonita, sobre todo muy graciosa. Al coger este último retrato para mirarlo, Pilar hizo un movimiento que fué un poema: sorpresa, envidia, rabia, celos, de todo hubo. Más de diez minutos tardé en convencerla de que aquella chica se parecía mucho al *administrador*, y debe de ser su hermana. Luego acabó por decirme: «*Si, se da un aire, tiene una fisonomía muy inteligente.*» Esto te basta para comprender cómo está la pobre. Sospecho que lo que ella quería era curiosarse los papeles, y por estar yo delante no se atrevió

Te apuesto un ciento de besos á que otro día sube solita. Ya lo sabremos por los criados.

El nuevo diputado jura hoy. Me voy á vestir, porque con pretexto de que habla Castelar, Pilar se ha empeñado en ir al Congreso.

Con que ya lo sabes: que me esperes en la estación. ¡Otra vez en Sevilla y juntitos! ¿Te acuerdas del paseo á Itálica y de aquel tío que enseñaba las ruinas y decía tanta majadería? ¡Y la vuelta en coche cerrado! ¿Volveremos?

Quiera Dios que entretanto no haga ésta algún disparate. No creas que me disgusta la idea de salir de aquí: primero, por verte, y segundo, porque este administrador se va poniendo conmigo un poco moscón; la otra noche intentó dos veces llamarme *Ventura* á secas. Ella no nota nada porque está ciega; pero la verdad, me haría muy poca gracia reñir con Pilar por semejante majadero. Te advierto una cosa: no está enamorado de mí ni muchísimo menos; pero cada vez que hablo de mi tío el general ¡abre unos ojos! Supone que yo puedo serle útil para medrar, y en cambio ni siquiera sospecha que Pilar le está abriendo camino. Así sois todos. Vaya, me canso de escribir, y además se me ocurren una porción de ferocidades.

Te quiere mucho y está deseando á demostrártelo tu

VENTURA.

### XV.

DE DOÑA PILAR TORREDELORO Á LA DUQUESA DE ARAYANES,  
EN SEVILLA.

16 de Marzo y Madrid.

Querida Venturita: Te has marchado cuando más necesario podía serme tu auxilio. Me paso llorando las noches enteras. Este hombre está ciego y yo tengo miedo de volverme loca. Desde que te has ido, Manuel, sin duda por cortedad, no viene por las tardes. Yo, después de comer sola, me voy al tocador, que sabes está medianero con la escalera, y á cosa de las nueve y media le oigo bajar; suena el chasquido del fósforo con que enciende el cigarro y pasa de largo. Me da una rabia, que le mataría. Te cuento estas ridiculeces porque ya estás enterada de todo y porque eres mi única amiga: ¡qué vergüenza! ¿Y qué voy á hacer? ¿Será que no comprende lo que pasa por mí, ó que no le gusto? ¿Querrá á alguna? Cuando pienso en esto parece que me estrujan el corazón. ¿Por qué saldrá todas las noches á la misma hora? Como las pobres mujeres no podemos hacer de frente ciertas cosas, sigo el plan que ya te indiqué. Estoy procurando que en el Congreso le metan en comisiones, que le den turnos para que hable; en fin, que brille y que bulla, que llegue á ser algo debiéndomelo todo. Luego, si consigo que ignorando todo esto se incline hacia mí, mejor: yo haré después poco á poco que lo sepa y lo agradezca para que la gratitud vaya convirtiéndose en otro sentimiento más dulce.

¡Si no fuera por el nombre que llevo..... Dios me perdone! Pero ¡qué feliz debes de ser con tu Luis! ¿Vendrás pronto? Quisiera preparar, discurrir, hacer algo para despejar de una vez la situación. ¿Tan poco valgo, que este hombre no se fija en mí? Adiós, nena, me dan unas ganas de llorar que no puedo con mi alma.

Tuya,

PILAR.

### XVI.

DE LA MISMA Á LA MISMA, EN SEVILLA.

Madrid, 4 de Mayo.

.....  
.....  
..... ¡Qué mezcla tan indefinible de tormento y placer! No sé cómo explicártelo. Soy otra, estoy enteramente transformada. Recibo y pago visitas; he reanudado cuantas relaciones he podido; he hecho las paces con la Condesa, y todo por *él*; para sacarle de la nada y crearle una posición. ¡Qué astucia, qué de rodeos he tenido que emplear! En menos tiempo no puede hacerse más; pero ¡cuántas veces he temido que me conocieran en la cara el interés que me guiaba! Al fin me han prometido darle algo que no le obligue á dejar la diputación. ¡Y él sin sospechar nada! No, no quiero que lo sepa, porque me moriría de vergüenza. Prefiero que se crea autor de su fortuna. Ya se lo contaré todo yo misma cuando pueda decírselo cerca, muy cerca del oído. ¡Ay, Ventura, yo no sabía lo que era querer..... ni sufrir!

Tu desgraciada amiga,

PILAR.

### XVII.

DE LA MISMA Á LA MISMA, EN SEVILLA.

Madrid, 19 de Mayo.

Querida Ventura: No te he escrito antes porque he estado mala. Sí; mala de rabia, de coraje, y sobre todo de pena. He cometido una imprudencia muy gorda y la he pagado. Al día siguiente de escribirte mi última carta se fué Manolo á Tierra Espigas, y yo hice la majadería de subir otra vez á su cuarto. No, no era mera curiosidad, ni deseo de fisgar, sino ansia de estar entre cosas suyas. Fui arrastrada por un sentimiento dulce y malsano, reprobable y delicioso. Ni siquiera pensé que podía caérseme un pañuelo, un broche que me delatase. Por más que digas, aquella mujer del retrato no debe de ser su hermana; tiene él las facciones más distinguidas.

Pero vamos á lo espantoso. Sobre la mesa había varias cartas; dos con letra de mujer. Figúrate lo demás. Me cegué. La cosa es indigna de mí, ya lo sé; pero la tentación fué superior á mis fuerzas. Desplegué una y leí. Era de su hermana. ¡Qué humillación! Hubiera querido morirme allí mismo. No te callo nada, porque quiero que me aconsejes, y sobre todo que vengas. Entre otras cosas, le decía su hermana que ya que está en camino de crearse una posición, no desperdicie las ocasiones y que no se distraiga con nada *ni con nadie*. Después, fijate bien, le ponía estas frases que se me han quedado grabadas en el alma. Las recuerdo tal como están escritas: «Al principio cuando supe que no hera una señora mayor, sino jobensita, me asusté; pero de que me dijiste que es sosa, pensé pues menos mal, porque así no se le pasará por la cabeza nadita de que tenga que arrepentirse. Esa señorona no ha de quererte para marido, y en cuanto á otra cosa, no está bien, y que en cuanto que se

cansase de ti te costaría el empleo. Lo principal es que siga pareciéndote pava. Bien dices que esas señoras de Madrid si no fuera por los moños y los lujos y las modistas no valdrían nada.»

Puede que yo haya puesto alguna palabra por otra; pero en sustancia esto era. ¿Lo quieres más terriblemente claro? ¡Qué vergüenza! No había que quebrarse la cabeza para entenderlo. Indudablemente la hermanita, temiendo que se enamorase de mí, le puso en guardia, y él entonces debió de tranquilizarla diciendo que soy pava, que no tengo gracia y que si no fuera por el lujo y los trapos no valdría nada. También tiene la carta otro párrafo que dice: «Lo mejor es que no seas soberbio y procures ponerte bien con esa otra señora que conoce gente tan poderosa y está tan bien emparentada. Por lo que hablas de ella, comprendo que además te parece guapa.» ¿Quién será?

Me puse temblona de ira; luego me llené de terror ante la idea de que me sorprendiesen allí, y bajé á mi cuarto corriendo.

¡Qué noche! Tengo los ojos como puños. El dolor ha podido más que la humillación. Y ahora, ¿qué hago? Cuando volvió del viaje, envié á preguntar si podía recibirle, y dije que estaba mala: no mentía, y además me daba miedo la idea de verle. Ven, por Dios, y ayúdame á salir de esta situación que puede costarme la vida.

PILAR.

### XVIII.

DE LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DOÑA PILAR TORREDELORO,  
EN MADRID.

Sevilla, 23 de Mayo.

Querida Pilarcita: Tu carta me ha producido muy mala impresión. Está sucediendo lo que yo temía. No me atreví á decirte nada por miedo á que te enojases, como la vez pasada; pero ya es tiempo de que consideres fríamente lo que estás haciendo. Mira tú si me parecerá peligroso, que te escribo en serio. Al principio creí que eso sería un capricho de viuda joven y bonita; por lo visto, la cosa es algo más grave; se trata de una pasioncilla que ha tomado á tus ojos toda la importancia de una verdadera pasión. ¡Como, estás viuda, y viuda de verdad, hace tanto tiempo! Cuidado, nena mía, que para nosotras, pobres mujeres, no es lo mismo dejarse amar que procurar ser amadas. Lo primero *les* parece bien; cuando lo segundo, dicen que somos unas perdidas. Si yo no hubiese tenido que permanecer aquí tanto tiempo para vigilar á este tuno, habría procurado espabilarle aun á costa de una desilusión, que es lo que te conviene.

Ya te he indicado mil veces que no estoy conforme con tu táctica.

Si amas á ese hombre, ¿qué mayor gloria puedes proporcionarle que hacerle tu legítimo dueño? Piénsalo bien;

¿por qué le proteges? Si ha menester tanto favor para subir, es que no sabe medrar por su propio esfuerzo. ¿Qué inteligencia privilegiada es ésa que tiene cerca de sí un tesoro como tú, y no lo ve, ó lo ve y lo desprecia? Si lo primero, es un estúpido; si lo segundo, no hay palabra bastante dura que aplicarle. Y tú, ¿para qué quieres que brille y tenga una posición, como cándidamente dices? Desengáñate; lo que te ocurre es que.... vaya, las cosas claras; en primer lugar, hace ya mucho tiempo que se murió tu pobre marido; en segundo, que tu amor no es verdadero amor, sino.... que estás solita: hija mía, soledad, nada más que soledad; y, por último, que como ese cariño no es real, sino creado por tu imaginación, en vez de absorberte y dominarte, se ha modificado al contacto de tu único defecto. Cuando amamos de veras, la pasión nos limpia y purifica de imperfecciones; pero cuando la cosa no pasa de que creemos amar, entonces el cariño, el simulacro del cariño, mejor dicho, se contamina y bastardea con nuestros errores. Ya estás pensando que todo esto son tonterías que leo en los libros; pero ya sabes que para mí no hay más libros que los hombres. Además, en ti tienes la prueba. ¿Cuál es tu único defecto? Ese poquillo de vanidad que te hace pensar á todas horas en tu casa, tu nombre.... ¡los Torredeloro! ¿Verdad que no te enfadas conmigo? Pues bien; al fijarte en Manuel has querido procurarle una posición envidiable y digna de ti; antes has pensado en esto que en ser feliz. También él debe de estar roído de ambición mal entendida. Siendo como es un cualquiera y teniendo al lado una mujer como tú, no se ha sentido atraído hacia ella, y ¡piensas que conquistada la celebridad se arrojará á tus pies! No lo esperes. Cuanto más le encumbres, más le alejarás de ti. ¿Y qué sacarías tú de su celebridad? ¿Te sabrían luego mejor sus besos? Los que ambicionan gloria se duermen á nuestro lado para soñar con ella. No necesitamos hombres dormidos. Si ese fuera de otra pasta, ya te diría cómo habías de enloquecerle...., y si estuvieses realmente enamorada, instintivamente lo conseguirías tú solita. Proponiéndonoslo dos mujeres como tú y yo, llegaría á Ministro en poco tiempo.... y luego á él una Infanta le parecería poco. ¡Qué error tan grande el tuyo de querer hacer al amor cómplice de la vanidad!

Además, la viudez tiene grandes escollos: uno de ellos la impaciencia secreta, velada, de que no nos damos cuenta, pero que nos hace aceptar lo primero que se presenta. Esto te ha sucedido á ti. Hacías vida retirada, no tenías donde escoger.... *et voilà tout*. En cuanto te galanteen y cortejen más de dos á la vez, estás salvada: y no te fijas en ambiciosos ni sabios: la gloria y eso que ellos llaman ciencia son nuestras más tremendas rivales. La gloria nos los roba: el estudio nos los deja hechos pavesa. ¿Tú conoces nada más enclenque y débil que un sabio? En cambio, alguna vez habrás visto en el campo cómo abrazan los mozos á las muchachas. ¡Todos debíamos hacer vida pastoril! Basta de carta y de divagaciones. Mañana salgo para Madrid, te pondré en cura, y pierde cuidado, aunque estén pasadas de moda, no quedarán sin empleo las famosas batas claras. Acaso tengas que mudar los encajes del pecho, porque se te (ó te los) arruguen con frecuencia. *Rien de plus, ma mi-gnone*: ten valor. Recuerdos de Luis, besos míos.

Tuya de corazón,

VENTURA.

## XIX.

DON MANUEL ALADECERA Á SU HERMANA INÉS,  
EN PUENTE ROTO.

Madrid á 22 de Mayo.

Querida Inés: Algo tengo que contarte, pero no puedo hacerlo hoy con la extensión que quisiera. Lo principal es que veáis que no os olvido. Sigo contento y con grandes esperanzas. El Ministro de la Gobernación me mandó llamar anoche; estuvo que se deshizo de amable, y me dijo que tenía en estudio una combinación para darme *algo* compatible con la diputación, porque el Ministerio necesitaba ropearse de personalidades notables; pero que, como á pesar de mi mérito carezco de ciertas condiciones legales, la cosa es difícil, porque hay que inventar la trampa para que no se nos vengán encima las oposiciones. Estoy seguro de que habló sinceramente: primero, porque me aprecia mucho y segundo, porque si yo me fuese con los conservadores daría un golpe tremendo al Gobierno. Allá veremos. La prueba de que me voy abriendo camino, es que ya me salen envidiosos y enemigos. Ayer mismo tuve un rozamiento con otro diputado: me dijo una cosa desagradable, le contesté secamente y me repuso: «Vamos, vamos, no hable usted tanto de coacciones y caciquismos, que ya sabemos á quien debe usted el distrito.» Figúrate cómo me pondría yo cuando (recordarás que te lo escribí) los mismos electores influyentes de Tierra Espigas me rogaron, casi me obligaron, á que aceptase. Cambié con aquel mentecato cuatro palabras gruesas y nos separaron los amigos. ¡Mira tú que venirle con reticencias al único diputado que hay aquí sin protección de nadie! Porque á mí ¿quién me ha empujado? ¿Quién me preparó la ovación del Ateneo? Lo que dijeron los periódicos ¿á quién se lo debo? La amistad con los Ministros, que me tienen un miedo feroz, ¿que quiere decir? Nada tengo que agradecer, y aquí no le perdonan á uno que se abra camino por sus puños. Me atufé algo, y poco me faltó para mandarles los padrinos; pero ya estoy tranquilo aunque comprendo que, dadas mis condiciones y el porvenir que tengo por delante, me van á odiar. Por supuesto, que ya verán ellos lo que es un hombre que no necesita favor ni apoyo de nadie. No quiero tener que agradecer nada. Eso sí: como encuentre quien me facilite dinero, fundo un periódico, y ¿á que no se atreven conmigo?

Otra cosa, aunque de menor importancia, me trae también disgustado estos días.

Tengo una sospecha lo más cómica del mundo. Se me figura que le he caído en gracia á esta buena señora. La verdad es que sino fuera por mí.... ¡Buenos tenía los negocios! Vengo observando que me llama con gran frecuencia y con cualquier pretexto; insiste para que me quede á comer con ella, y en dos ó tres ocasiones se ha negado á recibir visitas por estar hablando conmigo de asuntos que hubieran, sin riesgo, podido dejarse para otro día. Antes me recibía en la habitación que fué despacho de su marido: ahora entro hasta su gabinete, y siempre la encuentro primorosamente vestida. En provincias no sabéis lo que es una mujer elegante. Dirás que me he vuelto fatuo y presumido; pero tampoco tenéis idea de la desenvoltura de estas señoras.

Inútil creo decirte que no me conviene caer en la red, por mil razones: la primera, que por nada del mundo comprometo yo mi libertad. ¿Qué sé yo ahora lo que la suerte me tiene reservado, ni á qué clase de mujer podré aspirar? Aquí hay hombre que sin una peseta se casa con una millonaria. Lo que barrunto es que ella ve que voy subiendo como la espuma y que puedo llegar á tener la gran posición. No digo yo que sea D.<sup>a</sup> Pilar mal partido: es rica, pero las hay que tienen más. Sobre todo, es muy parada, muy tontaina: me gustan más las mujeres vistosas, de esas que cuando entran en un salón ó un palco parece que lo llenan. Ríete cuanto quieras, ya sabes que yo te escribo como si me confesara contigo; pero, la verdad, si me hicieran secretario de una embajada ó me dieran una legación no me gustaría esta mujer, que, á pesar de sus humos aristocráticos, parece nacida para un empleadillo de seis mil reales. En fin, ello dirá. Sentiría que las circunstancias me obligasen á dejar la casa, porque ya sé que luego me han de sobrar medios de vida, pero ¿dónde iba yo ahora ni qué hacía? Me andaré con cien ojos, y si mis sospechas se confirman, procuraré dar tiempo al tiempo.

Recuerdos á padre, y para tí un abrazo de tu hermano

MANOLO.

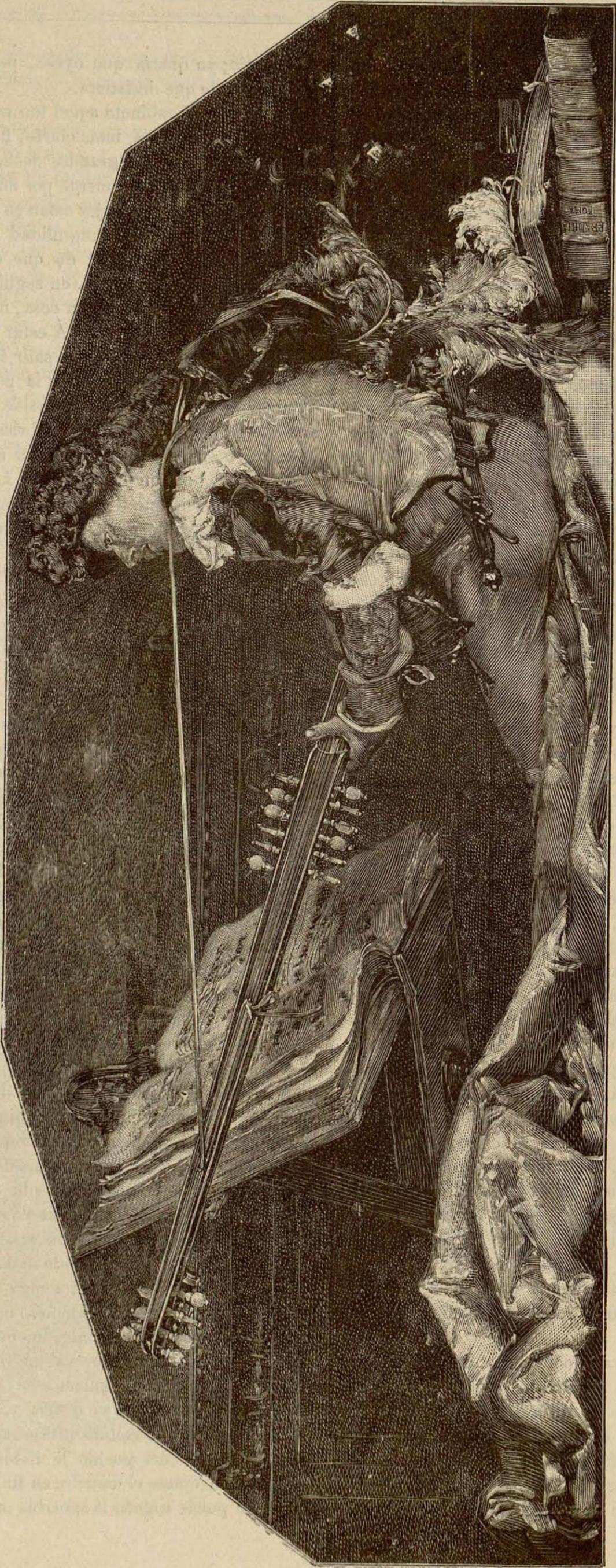
## XX.

LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DON LUIS LASUERTE,  
EN SEVILLA.

Madrid, 26 de Junio.

Querido Luis mío: Hoy hace un mes que llegué á Madrid, dejándote ahí contra toda mi voluntad. Me parece que ya es hora de que vengas. Si puedes quedarte con la ganadería y ultimar el arriendo de los pastos, santo y muy bueno; pero si no haces nada, vente á escape, porque tu nenita se va cansando de estar sola. Hombre joven en Sevilla, y en libertad.... no es posible que seas bueno. Conque, á casa.

Ya que tienes empeño en ello, te contaré el desenlace de *le roman de Pilar*; y lo digo así, porque parece cosa de novela. Por supuesto que para explicarlo bien haría falta la pluma de Juan Valera. La infeliz estaba perdida; afortunadamente llegué á tiempo, y varió la decoración. Primero, para que te hagas cargo de todo, te diré que hasta se había quedado desmejorada. ¡Granujas de hombres, y qué lástima que no podamos vivir sin vosotros! Claro está, supo lo que es el matrimonio, adivinó que podía ser mejor que lo que á ella le tocó en suerte, y lo mismo fué verse viuda que comenzar á soñar con la reincidencia. ¿Qué mujer se acostumbra á vivir sin cariño luego de saber ó entrever lo que es? Total, se enamoró del primero que tuvo á mano. No veía á nadie, se presentó uno, pues ese: desengáñate, hijo, algunas somos como las tierras; el primer aventurero que llega se hace el amo. Pero aquí ese cualquiera fué el administrador, un poco más que el mayordomo recién despedido, y como es vanidosa.... ya sabes lo demás. Se empeñó en hacerle hombre: ella habló para que diese en el Ateneo la famosa velada, y te advierto que el tal Manuel es un poeta de abanico: ella hizo, por bajo de cuerda, que los caciques de Tierra Espigas le mandaran al Congreso, y que el Gobierno



LA MÚSICA.  
PINTURA ALEGÓRICA, POR PRADILLA.

no apretase contra él las clavijas; ella habló á cuantos amigos de su marido conserva para que le abriesen camino; en una palabra, ha querido sacarle de la nada, imaginando torpemente que luego él se arrojaría á sus pies entre agradecido y enamorado. Pero, hijo, el caballero es de oro. No lo hay en el mundo más soberbio. Á todo esto, lo mismo fué llegar yo á Madrid, que comenzar á ponerme los puntos. Cuando me oía hablar de mi tío el General se le hacía la boca agua.

Yo tracé mi plan y no me paré en barras. Estuve cruel con ella, diciéndole: «Te voy á persuadir de que ese hombre, aunque sepa administrar casas, es un tonto indigno de ti.» Comencé por hacerla observar lo *amable* que estaba conmigo, y aquí empezó la desilusión. Luego, aprovechando la afición que ella había tomado á subir al cuarto de él, le obligamos á marcharse á Tierra Espigas con un pretexto, y una noche nos instalamos en su despacho, y nos enteramos de cuanto pudimos. ¿Que esto no es propio de señoras? Propón lo mismo á cualquier desdeñada ó celosa, y verás. Pilar, muy herida de sus galanterías para conmigo, y yo haciéndola notar y recalando todo lo que podía perjudicarle, ¡figúrate! Pasó un rato infernal, pero ¡qué provecho le hizo! Lo primero que pescamos fué un paquetito de cartas de una novia que Manuel debió de dejarse en el pueblo. ¿Novia? He dicho mal. La pobre le llama, le ruega y suplica de un modo que no deja lugar á duda. Todo lo que le falta de ortografía le sobra de razón para quejarse. La ha perdido, la ha deshonrado, y á juzgar por el tono de sus lamentaciones, el señor diputado contesta con burlas y desprecios. Esto causó á Pilar tan mal efecto, que con toda su alma exclamó: «¡Infame!» No paró aquí la cosa. Las cartas de su hermana revelan que él, en las suyas, se ha mofado de Pilar, y lo que es peor, que es incapaz de comprender ni apreciar los favores que ella le ha hecho. ¿Y sabes lo que le causó peor impresión? Primero el convencimiento de que él la llama pava de mil modos, y luego el haber dado á entender que le perseguía con coqueterías demasiado expresivas. Cuando salimos iba trémula y nerviosa, sobre todo avergonzada. Resultado: dos días de cama con calentura y todo.

Lo mismo fué verla buena y relativamente tranquila, que aprovechando la ocasión le dije que debía cortar el mal de raíz. Ella misma discurrió cómo, y ¡lo que somos las mujeres! cuanto más débiles, más arriesgadas. Lo que ideó fué espantoso; pero quise dejarla, temiendo que desconfiara de mí, dado lo fino que él se muestra conmigo, si yo intentaba dulcificar su propósito. No puedes imaginarte escena más horrible. ¡Luego tachamos de inverosímiles las comedias! Todo su empeño era apurar el cáliz hasta las heces; oírle á él mismo lo que me dijese de ella, y luego presentarse y ponerle en ridículo. Nos pusimos de acuerdo, y por la mañana le mandó recado para que á las seis de la tarde subiese á hablar de un asunto referente á una casa que quieren vender.

La doncella tenía encargo de decirle, cuando viniese, que la señora había salido y le rogaba que esperase. Yo debía llegar á los pocos momentos en traje de calle, entrar en la misma habitación donde él estuviese y darle conversación diciendo algo que le infundiera tranquilidad y confianza. Pilar empeñada en escuchar el diálogo desde una puerta inmediata y salir cuando le pareciese. Esto último contra

mi consejo; yo quería que oyese, pero nada de salir. No hubo modo de que desistiera.

Ya conoces el gabinete aquel tan mono, lleno de muebles japoneses, lacas, telas claras, flecos de seda, cachivaches bonitos y macetas grandes de hojas que parecen sombrillas. Yo veía perfectamente por un espejo la entrada del dormitorio, cuyos cortinajes caían en gruesos pliegues hasta el piso. Para infundir tranquilidad al pícaro, cuando nos quedamos solos, me quejé de que entraba viento por la puerta que da al salón, y él, en seguida, la cerró. Después, no creas que se atrevió á gran cosa, ni yo se lo hubiera tolerado. ¿Verdad que me crees? Á estar tú escondido, en lugar de ella, no habrías tenido que salir á romperle.... nada; te habrías reído y nada más. Para la pobre Pilar la cosa era distinta. Como supondrás, yo hablé llevando la conversación á terreno en que él descubriese la pequeñez de su alma, pero atenta siempre á poder atajarle en cuanto pronunciase palabra que pudiera herir á Pilar profundamente. Mi propósito era que diese rienda suelta á su vanidad, y contestarle luego de modo que quedara humillado y puesto en ridículo.

Te ahorraré el relato de los preliminares. Luego vino lo siguiente: «¿Cree usted que tardará doña Pilar?—Vengo de casa de unas amigas donde creí encontrarla, y había salido ya de allí; no puede tardar. Espérela usted conmigo. ¿Tan mal se está aquí?» Me contestó una simpleza con pretensiones de galantería y me eché á reír, diciéndole medio en broma medio en serio: «Pero qué infames son ustedes los hombres! Sabiendo que estoy para casarme y que no debo dar oídos á ciertas cosas.... se atreve usted á venir con bromitas. Adoran ustedes lo ajeno sólo por serlo, y en viéndonos libres.... ni por ahí te pudras.—Por qué dice usted eso?—Porque.... por ejemplo: ahí tiene usted á Pilar, más joven, muchísimo más guapa, la bondad en persona, sobre todo libre absolutamente, y no se le ocurre á usted nada.» Tuvo la avilantez de decirme que no admitía la comparación, y yo porque no siguiese adelante en aquel camino, añadí:—«Además, aunque ya comprendo que será guasa, se atreve usted á galantearme sabiendo, porque yo no lo oculto, que quiero á Luis, es decir, al hombre que le ha hecho á usted el favor de introducirle aquí donde se gana usted la vida y pueden protegerle.» Esto de llamarle empleado y aludir á la protección, le sacó de quicio. «Señora—repuso—¿y qué representa el mezquino sueldo que me dan, si se tienen en cuenta los resultados de mi gestión en esta casa? ¿Ignora usted cómo estaba esto y cómo está?»

Yo había prometido á Pilar que no le echaría en cara ciertas cosas; pero, chico, lo que yo quería era provocar una explosión de amor propio, y me salió con la mía. «No señor, no ignoro nada de eso: ha sido usted *fiel*, pero también sé que ha recibido usted de mi amiga grandes favores. ¿Qué era usted? Un apreciable caballero que venía de un pueblo. Y hoy es usted hombre conocido entre lo mejor de Madrid, poeta aplaudido, diputado; vamos, que está usted en situación de aspirar á lo que quiera.» Se puso nervioso, perdió los estribos, que era lo que yo quería, y replicó que á nadie debía nada, que no necesitaba protección, y que en cuanto á la diputación, los del pueblo le habían rogado espontáneamente que aceptase el distrito; en fin, echó por la boca cuantas cosas puede sugerir la soberbia más desalentada. «Vea

usted lo que son las cosas—repliqué;—yo creía que todo eso lo había hecho doña Pilar, y que usted estaría profundamente agradecido.

Sonrió del modo más insoportablemente fatuo que se puede imaginar, se irguió en la butaca, y atusándose la barba se inclinó hacia mí con aire de misterioso, diciendo: «No crea usted esas tonterías: lo que hay es que ... vamos, que si usted hubiera estado conmigo la mitad de insinuante y expresiva que ella.... ya no era usted viuda.» La sonrisa con que acompañó estas palabras fué el colmo de la fatuidad. A mí me pareció sencillamente despreciable, mas para la pobre Pilar era denigrante y ofensiva. ¡Aquí de tu Ventura y qué bien estuvo! Me encaré con él como la mejor trágica del mundo, le miré de alto abajo, y le dije secamente: «Señor mío, está usted equivocado. Siento arrancar á usted esas ilusiones; pero todo, todo, se lo debe usted á Pilar. Usted se ha portado bien en su casa (esto de portarse bien lo recalqué mucho, como si se tratase de un criado), y ella ha procurado recompensarle con algo más que unos cuantos duros. Por lo que veo, ha dado usted interpretación torcida á tantos beneficios; pero vaya usted al pueblo, hable usted con aquel tío cuco de don Servando que recibió órdenes de Pilar, y saldrá usted de dudas. Sin que esto sea ofender á usted, mi amiga puede, por exceso de bondad, haber estado más amable de lo que debiera; ya sabe usted que hasta á las doncellas pide las cosas por favor; pero crea usted que es muy dama y muy altiva para emplear ni poner mal cierta clase de sentimientos.»

Se quedó lívido. Yo, temiendo que soltase alguna barbaridad y que saliera Pilar, me puse en pie, y concluí diciendo: «Ahora ruego á usted que, mientras viene mi amiga, tenga usted la bondad de esperar en otra sala.» Cogió rabiosamente el sombrero, y sin hacerme la más leve inclinación de cabeza, salió del gabinete. Le miré marchar, vi cerrar la puerta de la escalera, y sorprendida de que Pilar no apare-

ciese ante la entrada del dormitorio, me abalancé hacia el mismo. ¡Qué había de salir! Allí estaba; pero ¡de qué modo! Desmayada, muy pálida y tendida sobre la alfombra tras de los cortinajes. No sé cómo no la vi caer, ni acierto á comprender cómo no se abrió la cabeza contra los barrotes de bronce de la cama. Parecía muerta, y tenía la cara brillante y lustrosa de haberse restregado furiosamente las lágrimas. La cogí en brazos (te consta que tengo fuerza), y la llevé hasta la *chaise longue*, donde á poco de recobrar el sentido, exclamó: «¡Ay, Ventura! El remedio ha sido brutal, pero seguro. ¿Cómo habré podido yo pensar en semejante hombre?»

A la noche, mientras tomábamos el té y yo comentaba el caso echándolo todo á broma para distraerla, le pregunté: «¿Y por qué no saliste?—¡Qué salir, repuso, si no sabía qué amor propio era más ridículo, el suyo al suponerse digno y merecedor de todo, ó el mio al querer protegerle para igualarle á mí!—Ese ha sido vuestro enemigo, repliqué; no hay pasión buena ó mala en que no pueda apoyarse el amor.... menos en el amor propio.»

Adiós, Luis; ¿verdad que tú y yo entendemos las cosas de otro modo?

Pilar parece no resignada, sino redimida. Esperemos que será feliz, y que si este verano compramos en Paris batas claras, tendrán mejor empleo.

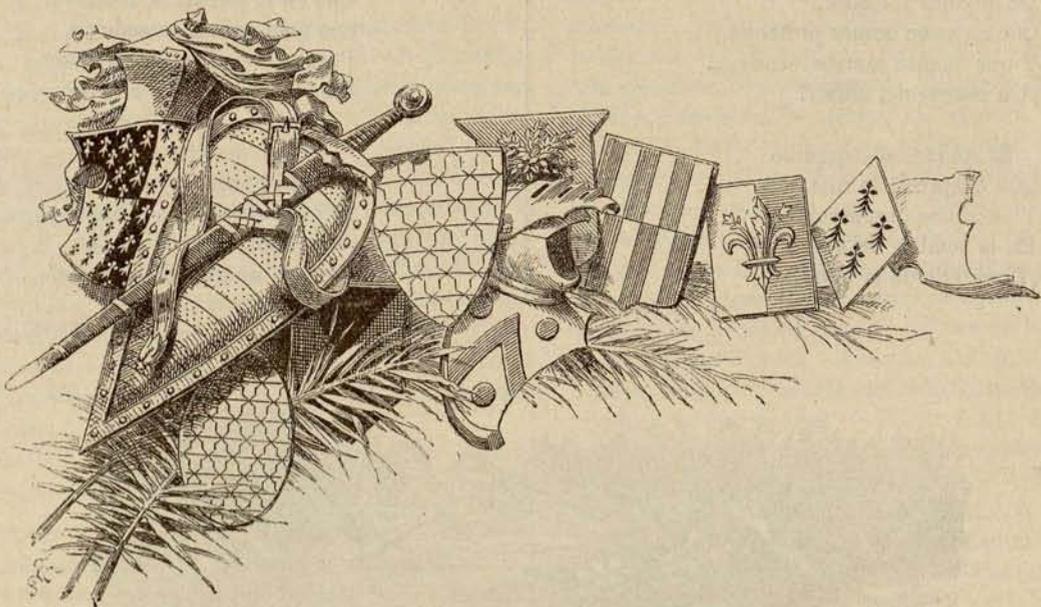
Te quiere mucho tu

VENTURA.

¿Sabes lo que se me está ocurriendo? Que el año que viene Pilar no protegerá á su ex-administrador, y que acaso tengas distrito.

.....

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



# MARTIROLOGIO

En número extraordinario  
Seres encuentro á diario  
Que amargo cáliz apuran:  
*Mártires* que no figuran  
Aun en el *Calendario*.

El desdichado escribiente  
Que corrige diligente  
Cuanto el jefe desatina,  
Y resuelve el expediente.....  
Un *mártir* de la oficina.

El infeliz labrador  
Que *labra* su desventura  
Y el fruto de su sudor  
Entrega al recaudador.....  
¡*Mártir* de la Agricultura!

Quien consagra su existencia  
Al estudio y al saber  
Y gasta su inteligencia  
En enseñar y aprender.....  
¡Noble *mártir* de la ciencia!

El incansable escritor,  
De novelas forjador,  
Que en vano comer pretende,  
Y que cuanto escribe vende.....  
¡Un *mártir* del editor!

El soldado distinguido  
Que desprecia la metralla  
Y sucumbe obscurecido  
En la sombra del olvido.....  
¡El *mártir* de la batalla!

El desdichado peón  
De albañil que en un tablón  
Pasa doce horas completas  
En continua exposición ....  
¡Un *mártir* de dos pesetas!

El infeliz que, inocente,  
Por error ó por malicia  
Pasa como delicuento  
Y solloza inútilmente:  
¡Un *mártir* de la Justicia!

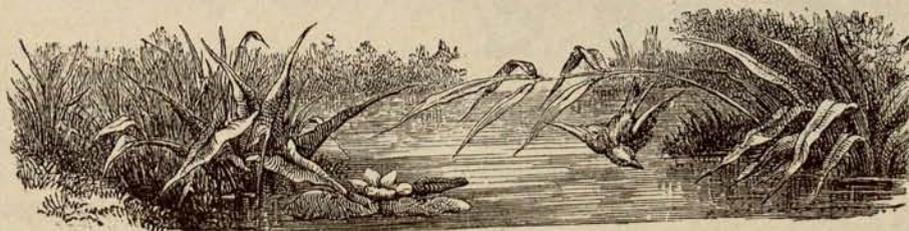
La valerosa mujer  
Que no tiene qué comer,  
Y á la aguja consagrada,  
Es tan pobre como honrada.....  
¡Una *mártir* del deber!

La que en oprimirse el talle  
Cifra su ventura toda,  
Y por lucirse en la calle  
Hace que su cuerpo estalle.....  
Una *mártir* de la moda.

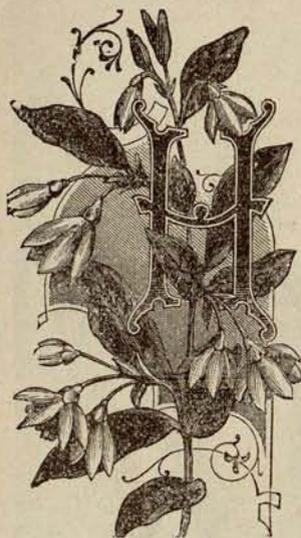
Los infelices autores  
Que en la escena se deslizan,  
Son á su palma acreedores,  
Porque á esos *los martirizan*  
Público, empresa y actores.

La lista no concluyó,  
Mas mi pluma se cansó  
Del *martirio* extraordinario:  
¡Hay tanto *mártir* que no  
Está en ningún *Calendario*!

JOSÉ JACKSON VEYAN.



## PILLOS Y SILBANTES <sup>(1)</sup>



I.

ACE cuarenta años, hacia el 1850, lo que hoy es Parque de Artillería era un solar rodeado de una empalizada por la parte inmediata al cuartel y la calle de San Marcial: en el frente de la plazuela de Leganitos estaba situada la alcantarilla de aquel nombre, ó sea un paredón con dos verjas de hierro giratorias sobre dos ejes colocados á la mitad de su altura: resguardábalas por la parte ex-

terior una especie de puentecillo de hierro con barandilla á manera de balcón, por donde los vecinos transitaban en los días de avenida, mientras las aguas caían por debajo del puente y á través de las verjas en el ancho sumidero. Seguía una tapia de ladrillo que daba la vuelta por el callejón sin salida de Leganitos, y el interior de aquel solar extenso era una hondonada, donde pastaban algunas reses y se veía ropa blanca en improvisados tendedores: había una casucha pegada á la tapia del callejón, y alguna higuera chumba que incitaba á los muchachos al robo con escalamiento. Exceptuando la transformación en Parque del recinto que he descrito, de algunos árboles plantados en la plazuela y de una barandilla con que ha sustituido el Ayuntamiento el pretil de piedra en que antes descansaban las lavanderas y los mozos de cuerda apoyando sudorosos sus talegos después de subir la pesada cuesta de San Vicente, todo lo demás apenas ha cambiado desde entonces.

Pues bien: allí se daban todas las tardes por aquel tiempo pedreas descomunales, entre los estudiantes del Instituto de

la calle de los Reyes y los alumnos del Conservatorio de María Cristina, que estaba en la plazuela de los Mostenses: éstos haciendo barricada del pretil y defendiendo las avenidas de la calle de los Reyes; aquéllos atacando por todas las bocacalles, y rebasando por la plazuela, se lanzaban pedradas y denuestos. Una tarde, en que los gritos habían sido furibundos, un guijarro, cayendo sobre la muestra de un zapatero de viejo que trabajaba en un portal, derribó al suelo la tablilla en que un artista anónimo había pintado una bota negra en fondo blanco. Aquel incidente de la pelea; el ruido del pedernal sobre la tabla y de ésta sobre el suelo; el presentimiento común de una reclamación de daños y perjuicios, ó uno de esos fluidos misteriosos que envía el Dios de los ejércitos para determinar los triunfos y derrotas, obrando enérgicamente en la imaginación de los alumnos y estudiantes, produjo una momentánea suspensión de hostilidades, que terminó por la dispersión de los dos bandos al ver salir del portal al agraviado, en mangas de camisa, con el mandil de cuero á modo de coraza, blandiendo el tirapié, y descargando correazos. ¿Sobre los estudiantes? ¿Sobre los alumnos? No: la ligereza de aquéllos y la obesidad del zapatero se oponían á la ejecución de su venganza, que hubo de limitarse á sacudir con furia las fachadas y las puertas.

Aquella tarde comenzó la popularidad del señor Pedro, que sólo necesitaba exhibirse ante el mundo en circunstancia solemne: su ancha cara, su abdomen casi monstruoso, que le daban aspecto patriarcal sentado en su taburete y medio oculto por la mesilla de herramientas, perdieron su majestad al aparecer en pleno día con aquella facha, y le convirtieron de personaje grave en clown de la inexorable grey estudiantil. Olvidaron los bandos sus rencillas, y se unieron, para consumir de común acuerdo la maligna diversión de apedrear la muestra del tío Pedro, izada diariamente como bandera de combate, y derribada invariablemente á pedradas por los estudiantes: todas las tardes el voluminoso menestral hacía una salida infructuosa contra sus ligeros agresores, que, habiendo estudiado sus movimientos y recursos, concluyeron por capearle con la impunidad con que el maestro Cúchares hacía suertes á los toros en la antigua plaza de

(1) El *Diccionario* de la Academia no admite este vocablo, que sólo en el de Barcia vemos definido: sin embargo, la voz existe y es un término desdenoso con que designa el pueblo bajo de Madrid á los señorites.



PENSANDO EN ÉL.  
ESTUDIO ORIGINAL DE J. LLOVERA.

Madrid: todas las tardes, rendido y sin aliento, el señor Pedro volvía desesperado á su portal, diciendo á sus vecinos:

—No dormiré tranquilo hasta que pueda colocar como muestra un par de botas hechas con la piel de un estudiante.

## II.

Leocadio Pérez era un mocetón de quince años que estudiaba por tercera ó cuarta vez el primero de latín, sin haber sido nunca reprobado en los exámenes, porque perdía el curso antes de su conclusión, por faltas de asistencia. Matriculado entre los novatos, tenía consideración de antiguo en los corrillos que formaban los escolares en el claustro del Noviciado ó en la puerta de la calle de los Reyes. Era pendercierto, y por lo tanto, popular: su silbido sobresalía entre todos en las gritas más descomunales: ningún escolar contestaba á los catedráticos con tanta desvergüenza como Pérez: raro era el carrillo de los estudiantes valentones que no había probado la palma de su mano: fué siempre el primero en la pedrea: por él se hicieron las paces con los alumnos del Conservatorio, para reservar las fuerzas, y convertirlas en el castigo, lidia y persecución del tío Pedro.

—¡Señores! —dijo Leocadio Pérez una tarde, aprovechando un intervalo en que no se veía el galón de ningún bedel en todo el claustro.—El día está magnífico y el Campo del Moro nos invita á hacer novillos: la cara de Amézaga (1) tiene el gesto más avinagrado que de costumbre: ya sabéis que ese catedrático tiene en su sangre la furia del latín; el bárbaro Llorente viene dispuesto á encerrar á media clase: Verdejo, que tiene en vez de ojos dos cristales verdes, va tropezando hacia su aula, como un murciélago deslumbrado por la luz: el rector don Claudio Moyano parece más tieso aun que de costumbre. Aquí todo es obscuridad: las tinieblas de la ciencia y el mal humor de los maestros: fuera de aquí nos esperan el sol, la libertad y la alegría. ¿Dudaréis entre las tinieblas y la luz? ¿Entre chapurrar una lengua muerta, y vocear en el castellano más libre y más castizo? ¿Entre deletrear á Cicerón ó apedrear al tío Pedro?

—¡Á la calle! ¡Á la calle!—gritaron los alumnos con sus voces más chillonas.

—¿Qué es eso? ¿Quién escandaliza el claustro?—prorrumpió desde lejos un hombrecillo con traje galoneado, dirigiéndose hacia el grupo.

—¡Es Magister! *Magister ceremoniarum!*

—Alcánzanos si puedes.

Y un torbellino de estudiantes, precipitándose por la escalera á modo de avalancha, se desbordó por la calle dando gritos y silbidos.

Sólo algunos tímidos vacilaron, dudando y casi decididos á cumplir con su deber, y fueron presos y conducidos en triunfo por *Magister* ante las autoridades competentes. Los catedráticos, á quienes en el fondo no disgustaba aquel día de huelga, enviaron á los detenidos al encierro, y dieron parte de que no era posible dar lección por fuga y dispersión de los alumnos.

(1) Los nombres de los catedráticos son auténticos. Los epítetos injuriosos, propios de un holgazán, al hablar de un maestro rígido.

## III.

El portal donde trabajaba el señor Pedro parecía una fortaleza: la puerta estaba entornada, la mesilla de trabajo protegida por otra hoja de puerta claveteada y con signos que demostraban su procedencia del derribo de una casa vieja: detrás de la trinchera, un montón formidable de guijarros y adoquines permitía el sostenimiento de un sitio contra todo el Instituto aun cuando le hubiera capitaneado su director el mismo Tramarría. Era un taller fortificado, en que hasta las cañas de las botas que se usaban entonces parecían cañones de trabucos; el tirapié, correa de un sable; la cuchilla, hambrienta de cortar en cuero vivo; las leznas, puñales, y sólo resultaba impropio de aquel recinto belicoso el cerote, pero el señor Pedro no podía prescindir de aquel ingrediente de su oficio.

Se había levantado y espiaba por la abertura de la puerta un nublado de muchachos que obscurecía la alcantarilla de Leganitos, en actitud de observación, grupo formidable que variaba de forma con la movilidad de las nubes en el cielo: algunos escolares hacían planchas y volatines en los arqueados hierros que sujetaban á la tapia el barandillaje del puente ó balconcillo. De pronto un jovencuelo se desprendió del grupo más numeroso, con un bastón al hombro en que flotaba un pañuelo blanco á guisa de bandera, y marchó decidido y directamente hacia el portal del señor Pedro.

Éste sacó de su abultado bolsillo una piedra enorme, y esperó á que el enemigo llegara al alcance seguro de su proyectil; pero la serenidad del muchacho, la sonrisa amistosa de su rostro y la presentación de la bandera blanca hizo comprender al agitado maestro que el estudiante venía en son de paz: era un parlamentario. El señor Pedro volvió á guardar su adoquín; el pícaro orgullo le dió á entender que la grey escolar le tenía miedo, y sintió un impulso de alegría: después miró turbado la aproximación del mozalbete, á quien suponía revestido de los honores é inmunidades de un parlamentario militar. Había visto algunos en la guerra civil: sabía que tienen algo de sagrado é inviolable; pero nunca creyó hallarse en el caso de recibir y tratar en persona con un enviado de ese género: hubiera preferido ver al muchacho adela. tarse con un par de pistolas, en lugar del blanco lienzo que le obligaba á conferenciar y discutir.

—¿Quién vive?—dijo el tío Pedro asomando la cabeza por la puerta.

—¡España!—contestó el muchacho deteniéndose con marcialidad.

—¿Qué gente?

—Un parlamento.

—¿De parte de quién?

—De los estudiantes de latín.

—¿Qué desea?

—Hablar al señor Pedro, para hacerle proposiciones de paz.

—Entre el parlamentario.

—Prefiere tener la conferencia al aire libre.

—Adelántese y diga lo que quiere.

Leocadio Pérez, que no era otro el atrevido, avanzó algunos pasos, y dijo con acento formal al parecer, por que lo disimulaba la ironía:



—Ante todo, señor Pedro, debo advertirle que mis compañeros me han dado en latín sus instrucciones. ¿Sabe usted latín?

—Mi padre era dómine y me lo hizo aprender á correazos—dijo el señor Pedro con vanidad.

—Que usted sabe latín—repuso Leocadio con asombro.—Entonces temo que no podamos entendernos.

—Sé latín, porque aquí donde usted me ve, estuve destinado al estado eclesiástico: el matrimonio lo impidió, y mis desgracias han dado conmigo en este portal, donde gano mi vida componiendo botas y zapatos.

—Una vez que comprende usted el latín, es inútil que le hable en esa lengua: mis compañeros, después de haber deliberado seriamente, han convenido, *nemine discrepante*, en que pueden haber abusado al apedrear la honrada bota que coloca usted para muestra de su oficio.

—¿Reconocen que han faltado?

—Sí: lo declaran y están dispuestos á remediar el mal en lo posible.

—Eso es otra cosa: espere usted un poco.

—¿Qué va usted á hacer?

—Sacar dos sillas: cuando los jóvenes hablan con tanto miramiento, merecen que se les considere y se les sirva.

Y el señor Pedro sacó á la plaza alegremente dos sillas de Vitoria sin respaldo, é invitó á sentarse al estudiante.

—¿Tiene usted familia?—preguntó el muchacho con tan burlesca dulzura, que cayó en el lazo el zapatero.

—Dos hijas casaderas.

—¿Serán lindas?

—No está bien que las alabe.

—¡Oh varón prudente y digno, que tiene dos hijas guapas y no quiere envanecerse de ello! Mis camaradas respetan á los padres de familia, y no tendrán inconveniente en indemnizar á usted de los desperfectos que ha sufrido en su taller, si no ascienden á mucho....

—Me han roto ustedes la palomilla de la muestra, el mango de un martillo y un tarro de betún; todo lo cual viene á importar cuarenta reales.

—¿Cuarenta reales? Podemos permitirnos entre todos ese gasto. Quizás logre que le den á usted la parroquia de todas sus familias: destrozamos mucho calzado, y es un buen negocio.

El señor Pedro, que escuchaba embelesado á aquel joven tan amable y simpático, no pudo contenerse y exclamó conmovido:

—Diga usted á sus amigos que el señor Pedro retira todas las pedradas que ha arrojado contra ellos; que den sus injurias por no dichas; y usted va á beber conmigo una copita á la salud de Nebrija y de los clásicos latinos.

—Calma, honrado y sabio menestral. Dejemos á los clásicos en sus tumbas, y concluyamos de tratar; y puesto que acepta la paz que le propongo, veo que no tendrá usted inconveniente en acceder á la única condición que le exigimos.

—¿Está en mi poder?

—De usted depende.

—¿Es dura?

—Sencillísima. Figúrese usted que hace un rato estaban algunos tan exaltados que pretendían que nos le comiéramos á usted. No se alarme; han desistido de destruirle por

completo: mis compañeros se contentan con una transacción.

—Pero ¿qué quieren?

—Casi nada para usted, que pesa dos quintales: desean que se abra usted el vientre y nos eche en este taleguito seis libras de manteca.

La conferencia terminó levantándose y blandiendo el señor Pedro la silla en que se había sentado, desapareciendo el parlamentario en un abrir y cerrar de ojos: su huída era la señal de la pedrea; y fué tal aquella tarde la lluvia de guijarros, que la puerta retumbaba como si á la vez llamaran con el aldabón á todas las buhardillas de la casa.

#### IV.

—Yo que usted, señor Pedro, daría parte al celador del barrio—decía aquella misma noche un alabardero jubilado, en un corro de vecinos donde se comentaba el escándalo del día.

—Eso no he de hacerlo, don Antonio: la autoridad sabe lo que pasa, y no pone remedio: ni un solo guindilla se presenta por las tardes desde que apedrean mi portal. Crea usted además que yo no reconozco á la autoridad del barrio desde que quiso dar un abrazo á mi hija Petra. ¿Sabe usted lo que hice después de haber cosido un zapato, al saber que era de aquel hombre? Estuve á punto de descoserle.

—Yo le hubiera cobrado el doble—dijo una vecina.

—Yo le cobré triple; y así he seguido haciendo siempre que le he compuesto sus zapatos: lo que es el abrazo le ha pagado ya.

El grupo se disolvió, y poco después entraba en el portal una muchacha rubia, de ojos vivos y mirada maliciosa: sólo tenía el defecto de ser un poco flaca, acaso porque el padre había acaparado en su cuerpo la carne de toda la familia.

—¿De dónde vienes, Petra?

—¿Que de dónde vengo? ¿Pues he de consentir que sucedan estas cosas? Vengo de dar parte al celador.

—¿No te he dicho que para nosotros no hay celador en este barrio?

—Tiene usted razón. ¿Pues no me ha contestado el arrastrao que ha de dejar que los estudiantes nos hagan pica-dillo?

—¿Lo ves? No hay protección; no hay policía: son mentira los bandos del Gobernador: el que no tiene un cañón no puede hacer zapatos. ¿Qué más te dijo?

—Que la justicia no puede ser gratuita.

—¿Cuánto pidió?

—Poca cosa: un abrazo para los primeros gastos de la causa.

—Te prohibo pedir justicia á nadie.

—Y hace usted bien: sólo hay una en el mundo: la justicia catalana.

La que así habló era Ruperta, la hija menor del señor Pedro, que entraba con los brazos en jarras y el pañuelo de la cabeza caído sobre la espalda.

—¿Y crees que tu padre puede algo contra todos los estudiantes de latín?—replicó con exacerbación el señor Pe-

dro.—¿Sabes quién soy yo? Destinado á la Iglesia, no pasé de ayudar misa: en el ejército de don Carlos se hizo el convenio cuando iba á ser sargento: obligado á hacer zapatos, no he pasado de poner medias suelas; sí: es preciso que lo declare en el seno de la familia: nadie me ha encargado todavía un par de botas nuevas. Tu madre me perdió: sin ella quizás sería ya teniente cura. Maroto me arruinó: sin él sería capitán. Los estudiantes destruirán lo que me resta: mirad; me han roto una pata del banquillo.

—Porque usted es un mandria.

—¿Mandria yo? Ruperta, da gracias á Dios de que haya guardado el tirapié.

—Pues.... y ná más: y aquí es preciso que yo me ponga las calzones y lo arregle.

Y asomándose á la calle, gritó con voz chillona:

—¡Manoloo! ¡Lorenzoo! Venid, venid corriendo.

—¿A qué llamas á esos granujas? ¿No te he dicho que no me gusta que hables con Manolo? La hija de un hombre que ha estudiado latín no debe tener relaciones con un muchacho sin oficio: con un triste buñolero.

—Calle usted que vienen.

Y un grupo de muchachos se presentó con arrogancia bajo el dintel de la puerta: unos con mandiles de carpintero y herrero; otros con blusa de albañil; Lorenzo con un cesto en el brazo con la tapa dividida, una mitad para abrir y cerrar el aparato; en la otra la antigua rueda de jugar á los barquillos, precursora inmoral de la ruleta; pero entre todos sobresalía Manolo el buñolero, por su cara picaresca y su aire resuelto y avisado. Ruperta les habló sin preámbulos:

—Mi padre dice que no sois hombres para espantar á esos silbantes que le insultan.

—¿Que no lo somos? Ya está todo preparado, y mañana se arma aquí la gran jarana.

—¿Con quiénes contáis?

—¿Con quienes? Ya están sublevados, y deseando que se arme, todos los muchachos del barrio del cuartel y Leganitos—dijo Manolo restregándose las manos.

—Yo traeré catorce barquilleros—añadió Lorenzo con majestad.

—Nosotros perderemos el jornal de la tarde—exclamó un aprendiz en nombre de los otros.

—Señor Pedro—dijo un mozo de cordel entregándole una carta;—me la ha dado para usted un señorito.

—¿Un señorito?—dijo con recelo el señor Pedro, abriendo la carta y encolerizándose á medida que leía.—Me insultan; me injurian otra vez.

—Ya lo oís—dijo Ruperta á los muchachos:—los señoritos se burlan de los pobres.

—¡Mueran los silbantes!—gritaron los chiquillos con entusiasmo.

—No hay que perder tiempo: buscad amigos; pedid varas y garrotes: es preciso que la paliza sea de tamaño natural. Añadía Ruperta empujándoles como para infundirles su vigor.

Y los muchachos salieron con presteza, mientras el señor Pedro volvía á leer el papel, que decía lo siguiente:

«El parlamentario que tuvo con usted la conferencia ha reparado que tiene usted un magnífico pescuezo: mañana tendrá el gusto de visitarle en su portal y darle un cogotazo.»

## V.

Quando á la tarde siguiente los alumnos de latín, desembocando en columna por la calle de los Reyes, iban tomando posiciones en las esquinas de la calle de Leganitos y en la baranda de la ya famosa alcantarilla, los estudiantes notaron, aunque sin recelo, alguna gente en los balcones inmediatos; un buñolero, que dormía sobre el pretil con la caña de su oficio, atravesada en los extremos por dos palos pequeños; un barquillero, que también echaba su siesta apoyado sobre el cesto, y algunos chiquillos que asomaban con curiosidad de vez en cuando por las calles de Eguiluz y de santa Margarita. Por lo demás, ni un solo agente se veía en todo lo que abarcaba la mirada.

Por su parte, el señor Pedro, contra su costumbre, tenía el portal enteramente abierto, si bien estaba resguardado por su segunda barricada: se notaba en su rostro la impaciencia, y una agitación desusada en sus inmóviles facciones. Fija su vista en los grupos de muchachos que desfilaban á lo lejos, apenas hacía caso de una viejecilla rebozada en un mantón negro que le daba aire de bruja, la cual le alargaba un zapato viejo.

—Es mala hora—decía el señor Pedro;—vuelva usted mañana: por hoy he concluido mi trabajo.

—¡Sea por Dios!—dijo la viejecilla suspirando.—¿Podría al menos beber un poco de agua?

—Sí, señora, y retírese antes de que empiecen las pedradas y le rompan la cabeza.

Y el señor Pedro, volviéndose para alcanzar el botijillo, quedóse paralizado de pronto sin saber lo que le pasaba.

Había recibido un zapatazo en el cogote, y la fingida vieja, alzándose las faldas y corriendo como un gamo, huía hacia el tropel de estudiantes: era Leocadio Pérez, que había cumplido su promesa, y fué recibido en triunfo por sus compañeros, mientras el señor Pedro gritaba desde el portal.

—¡Manolo! ¡Lorenzo! ¡A ése! ¡A ése!

Desde aquel momento, los hechos se sucedieron con tanta rapidez, que apenas puede la pluma consignarlos: el buñolero y el barquillero, que parecían dormir, saltaron como gamos, silbando con estrépito: un tropel de muchachos, vestidos pobremente, salieron de los portales más cercanos, y por las ya citadas calles, dos columnas de chiquillos con blusas, mandiles y chaquetas remendadas, aumentando el grupo, tomaron posiciones en el pretil: era un ejército.

Los estudiantes, ocupados en hacer banderas con el mantón y la falda de la vieja, no se habían fijado en el carácter hostil de los muchachos que se aglomeraban á su frente; pero una piedra caída cerca de ellos fué la señal primera del ataque.

—¡Los pillos nos acometen!—dijo un estudiante.

Era el apodo injurioso con que los señoritos de entonces insultaban á los muchachos mal vestidos. Á aquella voz los alumnos más tímidos huyeron á refugiarse en el cercano Noviciado.

—¡Mueran los silbantes!—respondieron con furor los adversarios.

Con aquel vocablo motejaban también en aquel tiempo los muchachos del pueblo á los señoritos.

Los alumnos se miraron y comprendieron su inferioridad, si no numérica, de edad y robustez.

—Tienen bandera, y voy á hacer la nuestra—dijo Manolo, mientras sus compañeros lanzaban algunas piedras con las hondas y las manos.

Y tomando la muestra del señor Pedro, la colgó en la punta de la caña: los estudiantes de latín tenían por estandartes un mantón negro y una falda de percal; los muchachos del barrio una bota negra pintada en fondo blanco.

La pedrea se generalizó por ambas partes; de vez en cuando se oía un grito de dolor, y los amigos vendaban la descalabrada del herido.

—¡A ellos!—gritaban los aprendices más fogosos.—¿A qué esperamos?

—¡Silencio!—dijo Manolo;—no os mováis y sostened el fuego aquí, mientras voy por la calle de los Dos Amigos á cortarles la retirada. Entonces atacad.

Los chicos del barrio, comprendiendo el alcance de aquella evolución, se estremecieron de placer.

—¡Subid, cobardes!—gritaban á los estudiantes, lanzando pedradas y agazapándose bajo la trinchera del pretil.

—¡Bajad, canallas!—repetían los otros, disparando pedazos de adoquín.

Por espacio de algunos minutos las piedras silbaron por el aire; los deuestos más horribles se dispararon con mayor furia que las piedras; las gentes pacíficas se alejaron; cayeron vidrios, y algunos vecinos gozaron del espectáculo abroquelándose con almohadas; sólo un coronel loco, á medio vestir, gritaba desafortadamente sin miedo alguno, creyéndose el general que dirigía aquella acción. Aquello era la miniatura de la guerra.

—¡Que nos cortan! ¡Traición!—dijeron algunos estudiantes.

Y los alumnos de latín hicieron de repente un remolino al verse envueltos por delante y detrás entre dos catervas de muchachos que acometían con los garrotes levantados. La derrota fué completa é instantánea. ¿En dónde se escondió la mayoría? Sin duda las entrañas de la tierra se tragara algunos; hubo quien trepó por la pared como los gatos; muchos saltaron por la valla del solar descrito en el capítulo primero, y dos alumnos de tercero se precipitaron en la misma alcantarilla, cayendo blandamente sobre un montón de estiércol: tres horas después se encontraron caminando bajo tierra á media legua de Madrid, hechos una lástima, y no salieron aún más embarrados, porque se habían aseado manos, cara y traje con el sagrado percal de las banderas.

El señor Pedro, desde que tuvo quien peleara por él, presenciaba el espectáculo á la entrada del portal, y aplaudía desde lejos lleno de entusiasmo.

## VI.

Sólo un grupo parapetado tras de la valla, y capitaneado por Leocadio Pérez, resistía con ventaja: todo el que asomaba la cabeza entre las tablas, la retiraba con un chichón; los asaltantes rugían de furor, y deliberaban la manera de exterminar al enemigo.

—¡Es preciso abrir brecha!

—No; saltar la tapia del callejón, que no está defendida.

—Id á buscar una pistola.

La discusión les fué funesta, porque los primeros fugitivos habían esparcido en la Universidad el grito de que estaban degollando á todos los estudiantes de latín, y que se iba á perder aquel idioma y á perecer para siempre la gramática. Los estudiantes de leyes no creyeron deber consentir que Amézaga y Ponce de León se quedaran sin discípulos, y otro ejército de estudiantes, más grave y silencioso, pero más temible, bajó de nuevo por la vía militar de la calle de los Reyes.

—¡Que vienen más silbantes!—gritó un granuja, descubriéndolos á lo lejos.

—¡A ellos, que traen chisteras!

El pueblo de Madrid no ocultó jamás su antipatía hacia el sombrero de copa, con el cual sólo le hizo transigir poco á poco la costumbre. Aquel sombrero irritó más los ánimos, y la pedrea se renovó con mayor furia. Pero también esta vez la lucha era desigual, y la columna de estudiantes formidable: iban en ella todos los tribunales, los colegios de abogados futuros. La Providencia no podía, sin trastornar el orden social, destruir toda la legalidad venidera del país; debían triunfar al primer choque. El señor Pedro, al ver sus primeras avanzadas, se refugió en su portal, cerrándole con llave. Y los apaleadores de antes, por la reconocida inestabilidad de la victoria, fueron á su vez apaleados: aprendices, barquilleros, zagales y granujas corrían la calle de San Marcial abajo en dirección á las afueras, mientras Leocadio Pérez, dando mueras á los pillos, agitaba con orgullo la bota pintada en la punta de la caña: había tomado la bandera al enemigo. Los estudiantes, desdeñando la persecución, cercaban la casa del señor Pedro, dando aldabonazos en su puerta é invitándole á entregarse, mientras el coronel loco gritaba con ardimiento:

—¡Al asalto! ¡al asalto! ¡Santiago y cierra España!

—¡Estudiantes!—dijo un orador, subiendo á la tribuna—¿qué hacemos con ese pícaro que se esconde tras de la puerta? ¿Creéis que la ley penal moderna es suficiente para darle su merecido?

—¡No, no!

—¿Creéis que el emplumamiento encaja perfectamente para castigar al ventruado remendón que nos atisba por el ojo de la llave?

—¡Sí, sí!

Sin perjuicio de que le emplumemos, creo pertinente que en su calidad de zapatero se le aplique el tormento del borcegui.

—¡Que salga! ¡que salga!

—Señores: no le podemos condenar sin defensa; yo hallo en él circunstancias atenuantes; queréis que nos entregue su cuerpo, sin considerar que es pedir mucho, dada su corpulencia; seamos misericordiosos y dejémosle el cuerpo con tal de que nos tire por la ventana su cabeza.

Los gritos, las carcajadas, los aldabonazos redoblaron; la gente llenaba ventanas, balcones y las bocacalles adyacentes; ladraban los perros; disparaba el loco, y todo el ruido era infernal, cuando tres gritos, resonando por tres lados distintos, hicieron oscilar á la bulliciosa estudiantina, formando en columna cerrada, y retirarse en buen orden, dando mueras al tío Pedro y llevándose como trofeo la bandera tomada por Leocadio.

Los gritos que se oyeron en tres distintas direcciones habían sido los siguientes:

- ¡El rector con los bedeles!
- ¡Un piquete de caballería!
- ¡El celador con los guindillas!

En efecto, el celador del barrio había pedido auxilio al rector y al jefe de la fuerza de San Gil, antes de decidirse á restablecer el orden con sus guardias. Los estudiantes de Derecho no podían desconocer que la reunión de tres autoridades, la académica, la militar y la civil, tenía fuerza de cosa juzgada sin ninguna apelación.

Cuando el celador llamó á la puerta en nombre de la autoridad, una voz femenil añadió con alegría:

—Abra usted, padre; soy su hija Petra, que vengo también al frente de los guardias.

Ruperta había estado á punto de perder á su padre; Petra acababa de salvar á la familia.

—Y ahora ¿reconoce usted la autoridad?—dijo la muchacha á su padre, señalándole el celador.

—Sí, la reconozco; sin autoridad, no existirían padres ni familia.

En efecto, cuatro meses después Petra era la celadora del barrio, y antes del año era abuelo el señor Pedro.

Pero en aquel instante, el señor Pedro sólo veía las ventanillas que halla en la organización social, el que en vez de recibir la paliza que le querían propinar los estudiantes, ha-

blaba su casa rodeada de fuerzas imponentes y oía á lo lejos el clamoreo de sus enemigos que gritaban en su retirada:

—¡Muera el tío Pedro! ¡Mueran los pillos! ¡Vivan las muchachas bonitas! ¡Abajo las tachuelas! ¡Muera San Crispín!

El señor Pedro, lleno de ánimo al verse protegido, ahuecó la voz, y gritó con todos sus pulmones cuando desaparecía el postrer grupo:

—¡Mueran los silbantes!

#### EPÍLOGO.

Algunas noticias biográficas de los principales personajes de esta historia.

El señor Pedro hizo por fin unas botas nuevas para su yerno el celador, pero no las cobró nunca. El celador quedó cesante; pero Petra, que había salvado á su padre, salvó de la cesantía á su marido. Ruperta se casó con Lorenzo después de haber sido novia de Manolo, y se escapó con Manuel después de casada con Lorenzo. Leocadio Pérez repitió otra vez el primer año de latín sin llegar á concluirle; luego brilló en el mundo, y llegó á Director de Instrucción pública; el Gobierno cayó cuando se proponía suprimir la enseñanza del latín.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

#### ROMA.—EL VATICANO.



PUERTA DE CARLOS V

PUERTA DE LOS SUIZOS.

PLAZA DE LA ZECCA.